



JUAN GUILLERMO ESTAY SEPÚLVEDA

EL CANTO DEL RUISEÑOR QUE NO ERA RUISEÑOR

AVES EN AMÉRICA VISTAS POR LOS CRONISTAS
DE MESOAMÉRICA Y DEL CARIBE



Editorial CEASGA

42190, Soria

www.ceasga.es

info@ceasga.es

Diseño interior y portada: CEASGA

Edición: 2016

ISBN: 978-84-945128-2-7

ALIANZA EDITORIAL:



y

CUADERNOS DE SOFÍA

Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento-No-Comercial-SinObraDerivada 4.0.
International de Creative Commons



COMITÉ EDITORIAL INTERNACIONAL

DR. MAURICIO BEUCHOT PUENTE
(Universidad Nacional Autónoma de México)

DR. JESÚS A. VALERO MATAS
(Universidad de Valladolid)

DR. JUAN R. COCA
(Universidad de Valladolid)

DR. DAVID CASADO
(Universidad de Vigo)

DRA. FRANCESCA RANDAZZO
(Universidad de Honduras)

DR. CELSO SÁNCHEZ CAPDEQUÍ
(Universidad Pública de Navarra)

DR. CAYO SASTRE
(Universidad de Valladolid)

JUAN GUILLERMO ESTAY SEPÚLVEDA

Investigador Universidad de Los Lagos, Chile



EL CANTO DEL RUISEÑOR QUE NO ERA
RUISEÑOR **R**

AVES EN AMÉRICA VISTAS POR LOS CRONISTAS
DE MESOAMÉRICA Y DEL CARIBE



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	6
PRESENTACIÓN.....	8
A MODO DE INTRODUCCIÓN.....	10
CAPÍTULO 1	
VIAJES EN LOS TIEMPOS MODERNOS.....	13
CAPÍTULO 2	
MENTALIDAD DE LOS CRONISTAS.....	16
CAPÍTULO 3	
AVES DEL PARAÍSO EN LA TIERRA.....	19
CAPÍTULO 4	
MÉXICO-TENOCHTITLAN.....	28
CAPÍTULO 5	
AVES Y VIDA COTIDIANA.....	43
BIBLIOGRAFÍA.....	59

PRÓLOGO

Dra. María de Lourdes Navarijo Ornelas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México

Tras una incansable empresa de investigación, de recopilación, de estudio, de análisis y de reflexión, se nos presenta una perspectiva de todo aquello que en un tiempo ya lejano percibieron, vieron y oyeron quienes, en su momento, tuvieron el suspirado privilegio de observar el vuelo, de escuchar el canto, de ver el color y la forma de las muy distintas maravillas aladas que surcan los cielos de los mares, de los ríos caudalosos y de los diversos ambientes naturales de la tierra firme en esta nuestra América.

Llegar a compenetrarnos por medio de las propias palabras que nos relatan todo aquello que maravilló a los sentidos y cautivó al pensamiento de un grupo de personas de procedencia, de formación y de intereses ciertamente disímiles al enfrentarse a un sorprendente mundo natural desconocido, constituye un excelente referente que el autor de esta obra convenientemente se ha propuesto llevarnos de la mano para meditar sobre el valor que tuvieron, y que de hecho siguen teniendo, las cosmovisiones nativas con respecto a su entorno, mismo que fuera visto por medio de la lente tendenciosa del uso y beneficio material, más que por lo que en sí representaban los recursos naturales.

Ese distante Nuevo Mundo, tan ajeno a lo que esos primeros visitantes pudieron haber concebido, nos es dado a conocer por la pluma interpretativa de Juan Guillermo Estay Sepúlveda, quien se vale del vuelo de las aves para contarnos las primeras



impresiones de los conquistadores, frailes, cronistas, humanistas y otros personajes más, quienes al tener ante sí lo jamás antes visto o imaginado, pero que en su gran afán de comprender y de transmitir, se valieron del juego de la homologación y así procedieron a equiparar con lo conocido en las tierras europeas a lo parecido en suelo conquistado. Craso error que influyó terminantemente en el imaginario de legos y estudiosos por varias décadas. Sin embargo, pese a esa serie de equivocaciones consumadas al bautizar con nombres arbitrarios a las especies del nuevo mundo, es rescatable que de entre tal confusión se tenga, en el presente, una proximidad a esa biodiversidad sin importar a ciencia cierta de que especie de rabijunco, de gaviota, pelícano, guacamaya, loro, paloma, colibrí, águila, búho y demás aves se trate, por lo que lo interesante del asunto es que se conozca entre líneas el peso cultural que disfrutaban, ya fuera en el ámbito material, ya fuera en el espiritual.

De tal manera, que sin tener hoy día a la mano una de las sorprendentes prendas o de los heterogéneos objetos elaborados por las diestras manos de los amanteca, quienes supieron utilizar un sin número de diversas plumas de textura, tamaño y color diferente, nos es posible vislumbrar su magnífica hechura y también acercarnos a sus diferentes usos y significados, como una muestra categórica de su importancia en la cosmovisión prehispánica. Esto desde luego implica el que no está perdida del todo esa singular manifestación cultural, pues la pluma tuvo un determinado valor significativo tanto en las pequeñas manos de un recién nacido, como lo mismo sucediera con la carga simbólica en las de un valiente guerrero o en las de un sabio sacerdote o en las de un diligente gobernante.

Las propias creencias, más no las importadas o las sincretizadas, sobreviven y descansan en las páginas de los viejos textos... por lo que, revivirlas, es un privilegio.



América es un constante devenir histórico. Su ingreso a la historia de occidente ocurrió una noche del 11 de octubre de 1492. Sin embargo, América ya existía y sus habitantes tenían su propia historia. Limitada, continuada, destruida o enriquecida, no es un tema a abordar en estas líneas, a pesar que -queramos o no queramos- desde el avistamiento de la primera ave en el Caribe, comenzamos nuestro peregrinar en la cronología de Europa. Y esa primera ave que divisan los barbudos en busca de un camino hacia el Cipango y el Catai, será la que los llevará a descubrir algo que para ellos se abría ante sus ojos: un continente, que en palabras del propio Almirante de la Mar Oceána, se hallaba el Jardín del Edén. Y el nombre de este libro no es al azar. *El canto del ruiseñor*, es lo que escucha no solamente Cristóbal Colón, sino que también, otros conquistadores que han dejado relato de ello. Sabemos que el ave no existe en nuestro continente, pero ellos lo escucharon e incluso lo vieron. Y tales maravillas se observan y se testifican, como la de dar al colibrí el magnificante poder de nacer por generación espontánea.

Estamos acostumbrados a escuchar los relatos de *fuentes de la juventud, dorados, amazonas o ciudad de los césares...* a sabiendas que existen otras leyendas tan ricas y extraordinarias como aquellas, donde más que asombrarnos por lo que *vieron y plasmaron en tinta*, vemos mentalidad y traspaso de mentalidad a otros que piensan, sienten y obran distinto.

Aves y pájaros serán tratadas de la misma manera. No ingresaré aquí a estos pormenores, ya que la idea es que el lector las descubrirá en boca de los propios cronistas y que se encuentran al finalizar esta hoja.

Y como ya está encaminada la invitación, no puedo dejar de dar paso a ella, sin antes agradecer en forma sincera y fraternal al Dr. Martino Contu y la Dra. Manuela Garau del Centro de Studi di Sea y Revista Ammentu de Italia, donde vio la luz por primera vez



este texto y quienes gentilmente me autorizaron a publicar por la prestigiosa editorial española CEASGA. En este afán de los artículos indizados, nadie quería publicarlo por sobrepasar la cantidad de hojas exigidas, pese a los buenos comentarios recibidos y que atesoro muy agradecido. Martino y Manuela accedieron a ello y el original, el cual es prácticamente el cien por ciento de este libro, lo pueden leer en Revista Ammentu junto a un dossier con otros grandes amigos que relatan la historia de este pedazo de tierra que se le cruzó a Colón. Gracias hermanos de la hermosa Italia. También van mis agradecimientos a la Dra. María de Lourdes Navarizo Ornelas, de la tan querida y maravillosa Universidad Nacional Autónoma de México por su prólogo. Ella es una eminencia en la materia y estoy orgulloso que prologara estas páginas. A mi Casa de Estudios Superiores que me entregó las primeras armas en la investigación y que han sido las más valiosas, me refiero, a la Universidad de La Serena, en Chile y a la Universidad de Los Andes, también en nuestro país y al Dr. Adolfo Omar Cueto, de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, por sus sabios consejos en el Doctorado y su ímpetu a seguir en la investigación del Chile Oriental.

Concluyo con un gracias a mi asistente e hija Vanessa Carolina Amandamaría y sus acertados comentarios, a mi hijo Felipe Maximiliano, agudo en sus críticas y forma de ver la investigación y a Carolina, leal compañera que siempre se encuentra dispuesta a entregar su hombro y a buscar la discusión incluso cuando no existe. Que veinte años no es nada, dice el tango... sí, no es nada.

En las afueras de una Biblioteca de Santiago de Chile, a veinticuatro días del mes de marzo de 2016.



A MODO DE INTRODUCCIÓN

*“En ese momento nació Huitzilopochtli,
se vistió sus atavíos,
su escudo de plumas de águila,
sus dardos, su lanza-dardo azul.
el llamado lanza-dardos de turquesa.
Se pintó su rostro
con franjas diagonales,
con el color llamado “pintura de niño.
Sobre su cabeza colocó plumas finas,
se puso sus orejeras.
Y uno de sus pies, el izquierdo era enjuto,
llevaba una sandalia cubierta de plumas,
y sus dos piernas y sus dos brazos
los llevaba pintados de azul”*

Miguel León Portilla, literatura del Antiguo México

Sin lugar a dudas, el encuentro de América y Europa en 1492 trastocó las bases culturales del Viejo Mundo.

En efecto, el mismo concepto mundo, asociado a la triada religiosa, debió ser re-interpretado. Aparecía en el horizonte, un Nuevo Mundo, nombre que América conserva hasta nuestros días y que cual utopía de Moro y Vasconcelos, todavía espera el nacimiento del hombre nuevo en un crisol de culturas, con-viviendo en armonía, llena de contradicciones y en búsqueda de un destino común, ya que América, en palabras de Octavio Paz y su bello libro titulado “*El Laberinto de la Soledad*”:

No es una región geográfica, no es tampoco un pasado y, acaso, ni siquiera un



presente. Es una idea, una invención del espíritu europeo. América es una utopía, es decir, es el momento en que el espíritu europeo se universaliza, se desprende de sus particularidades históricas y se concibe a sí mismo como una idea universal que, casi milagrosamente, encarna y se afina en una tierra y un tiempo preciso: el porvenir

Como llamar a quienes se apartaban de la triada de Noé. Que explicación racional para la época se le daría a un nuevo pedazo -¡y que pedazo!- de tierra o a sus habitantes que escapan a la lógica europea de las antípodas. Como nos indica Juan Maestre Alfonso, el Nuevo Mundo viene a trastocar las bases de occidente (Europa) y a convertirse en un acto revolucionario.

América ofrecía para los españoles y en forma posterior para el resto de la península asiática llamada Europa, kilómetros y kilómetros de tierra a lo largo y ancho para regocijo de sus ojos y sus arcas.

No nos detendremos acá -y no es el momento tampoco- de discutir sobre lo que significó para América la irrupción de los barbudos, solamente daremos a conocer, tal cual lo hicieron los primeros cronistas, el des-velar de maravillas jamás antes vistas y como intentaron asemejarlas a las europeas, en un afán de comprender lo que ellos no comprendían.

Y que maravilloso debe ser, que al estar desesperados en medio del Gran Charco, se sienta revolotear sobre una nao o carabela, plumas de animales volantes, a los que el ser humano ha llamado aves o pájaros, no siendo precisamente ambos términos sinónimos, pero que los ocupamos como tales.

De igual manera, el sorprenderse al ver cientos de plumas de los más inimaginables colores, texturas y tamaños, en las manos de un recién nacido, una mujer a punto de contraer nupcias o en trajes de guerra dignos de cualquier príncipe europeo, los cuales, no lo poseían y que por la estupidez humana presente en todo tiempo, se han perdido para siempre. Sí, para siempre.

Y no entraremos en la polémica, en cuanto a la calidad de las aves de este mundo en comparación con el otro, ya que para ello, los tratadistas del XVI y del XVIII lo discutieron en demasía y volver a ello, es resucitar interminables discusiones bizantinas. Para tales ideas, nada más que volver a deleitarse con las lecturas concienzudas y profundas del



filósofo mexicano Silvio Zavala, autoridad para hablar de ello.

La América Nuclear, no tuvo nada que envidiar a la Europa de los Tiempos Modernos, o mejor dicho, a la Europa salida en forma reciente de la no tan oscura Edad Media, llena de miedos y *ad portas* de crear ese sistema llamado capitalismo.

El mismo Colón, si quisiéramos representar en una persona ambas edades, es un personaje dividido entre la modernidad y el medioevo. Con ganas intrépidas por ir más allá del horizonte y con el miedo profundo de no fallar a la Divina Providencia en sus actos terrenales. ¡Pero qué hombre europeo más dividido y a la vez, más unido, como fiel representante de la raza humana, la única raza del planeta! Para este tema que ha traído tantos dolores cefálicos a la humanidad, es muy interesante la investigación realizada por Sierra Alfranca, en su artículo titulado “El concepto de raza: evolución y realidad”.

Pero volvamos a lo nuestro. Desfilarán por nuestros ojos, como navegaron por los aires en los siglos XV y XVI, las más hermosas y extrañas aves jamás vistas por ojo occidental del otro lado del Atlántico, relatadas por aquellos hombres que quisieron dejar nombre de sí para la posteridad y a la vez, dar a conocer a sus respectivos reyes y príncipes, lo que la vista y el cerebro, tratan de entender.

Si Miguel Rojas Mix, nos entregó esa prodigiosa obra llamada “Los Cien Nombres de América”, humildemente agregaríamos uno más: La Tierra de las Aves y los Plumajes.



Capítulo 1



VIAJES EN LOS TIEMPOS MODERNOS

Sin viaje no hay crónica y sin ésta, no existiría la magnánima visión que dan los conquistadores, doctos y no tanto, del Nuevo Mundo.

Antes de ingresar en lo que es la crónica de las aves en América y su importancia para la historia del continente, debemos detenernos en ese gran acontecimiento que inaugura los Tiempos Modernos de Europa: El viaje, considerado la gran hazaña cultural del ser humano coronado en la modernidad con el encuentro de América y no superado hasta la llegada del ser humano a nuestro satélite natural en la segunda mitad del siglo XX, el siglo corto de las sangrientas guerras mundiales.

Agujas de marear, astrolabios y cuadrantes, podrían ser considerados los instrumentos de las grandes hazañas a partir del siglo XV, sin los cuales, las nuevas embarcaciones que se construyen para cruzar el Mar Tenebroso, no tendrían razón de ser.



En estos tres utensilios existen conglomerados de saberes de los tres mundos, conforme la divinidad o el destino tendría preparado el camino de regreso a una Europa que comenzaba su decadencia y que necesitaba *ipso facto* algo en que asirse, para no soltarse hasta nuestros días. América logrará concluir la redondez del planeta y dará inicio a la globalización o mundialización, según la ideología de quien trate el tema.

Podemos decir que, nuestro continente -y aquí usaremos terminología futbolera galeana-, fue el puntapié inicial, con un hermoso tiro de media cancha, elevándose por los aires, haciendo saltar las graderías y que al llegar a destino, golpea el travesaño y sale disparado fuera del estadio y lo peor todavía: la pelota se la lleva un visitante allende los mares americanos. La mundialización fue un experimento del cual América fue su conejillo, literalmente, de Indias. América, en palabras de Samuel Díaz, se ha “*desarrollado en marcos europeos*”.

Y en estos viajes, no solamente cruzan la Mar Oceánica marineros de poca monta, sino que sus miedos y prejuicios, los cuales no pertenecen *per se* a este segmento de la sociedad europea, sino que también, a la alta alcurnia cultural, científica, social, económica y política. América en cuanto a ideas, será un apéndice de la Península Ibérica y por ende, de Europa Occidental, con su larga historia de mitos y leyendas que se reflejaran en las aguas y tierras del Novo Orbis. Es así, que las sirenas de Colón, tal Ulises en el Mediterráneo, serán observadas por todo marinero que se detenga en el Mar de los Sargazos, al igual que el Dorado, las Minas del Rey Salomón o el país de las guerreras y formidables Amazonas, bajo una estela de “*renovados imaginarios mágicos*”, citando a Lucero de Vivanco-Roca Rey.

Miguel Rojas Mix, en su libro “La Imagen artística de Chile”, nos entrega lo que se habló en Europa desde el descubrimiento en adelante, alimentado por los relatos y dibujos de viajeros que proyectaban su mente en la geografía americana y que hoy por hoy, todavía se la ilustran como quien va de safari al África Central... otro continente-apéndice europeo. Conversando con el insigne historiador en un viaje a las entrañas del Chile Central en la comuna de Curacaví, me daba a conocer la importancia y trascendencia de la imagen en la historia de América: una América construida con la fuerza de la tierra ancestral y alimentada con las tradiciones de África, Europa y Asia. Un continente de imágenes y para las imágenes.

América será gracias a los viajes de hispanos y lusitanos, la expresión fiel de la



expansión/decadencia de Europa, los descubrimientos, en fin, en manos de los navegantes, permitirán abrir el comercio y sus espacios para Europa, la cual, deja su provincialismo para transformarse en el “centro” del Mundo, en la Europa Moderna, como lo afirma Enrique Dussel.

Pero estos viajes no son nada de fáciles. La redondez planetaria se hará con un hálito de coraje, perseverancia y fortuna, ah, y mucha, pero mucha hambre y sed. Antonio de Pigafetta (ca. 1480 - ca. 1534), hará recordar a los marineros y viajeros que osan conquistar el mundo en los inicios de la modernidad, que atravesar un charco de agua, no es nada fácil. Al hambre y la sed, siempre acompañan las enfermedades y la enfermedad de los viajes largos en la mar de aquella época es el escorbuto. Nos cuenta el italiano al servicio de la Corona Española que:

"la galleta que comíamos no era ya pan, sino un polvo mezclado con gusanos, que habían devorado toda la substancia y que tenía un hedor insoportable por estar empapado en orines de rata. El agua que nos veíamos obligados a beber era igualmente pútrida y hedionda. Para no morir de hambre llegamos al terrible trance de comer pedazos del cuero con que se había recubierto el palo mayor para impedir que la madera rozase las cuerdas. Este cuero siempre expuesto al agua, al sol a los vientos, estaba tan duro que había que remojarle en el mar durante cuatro o cinco días para ablandarse un poco, y en seguida lo cocíamos y lo comíamos. Frecuentemente quedó reducida nuestra alimentación a serrín de madera como única comida, pues hasta las ratas, tan repugnantes al hombre, llegaron a ser un manjar tan caro, que se pagaba cada una a medio ducado. Más no fué esto lo peor. Nuestra mayor desdicha era vernos atacado de una enfermedad por la cual las encías se hinchaban hasta el punto de sobrepasar los dientes, tanto de la mandíbula superior como de la inferior, y los atacados de ella no podían tomar ningún alimento"



Capítulo 2



M

ENTALIDAD DE LOS CRONISTAS

Los cronistas de Indias, desde el encuentro a la colonización del continente y que han dejado nombre y fama de sí, debieron con sus ojos interpretar lo que decían los *Otros*. Y los *Otros* no dejan de ser un nombre importante en la historia, la que por natura pareciese que pare hermeneutas para descifrar sus significados y bautizar cosas como quien bautiza indios, como lo expreso muy bien Todorov.

Sí, la historia, que en su gran mayoría es la interpretación y reinterpretación de los vencedores sobre los vencidos, es la que nos entrega los documentos con los cuales intentamos reconstruir y comprender el pasado. Lo demás es literatura.

Interesante resulta la opinión de Carlos Figari, al definir al cronista. Nos dice el sociólogo que

“la figura del cronista definirá también las condiciones de producción inmediatas del discurso que tomaremos como referencia de análisis. Son ellos los primeros navegantes europeos, exploradores y naturalistas, funcionarios de la corona y sacerdotes, colonos y desterrados, quienes a través de sus discursos (catas y relaciones, diarios y crónicas, documentos públicos, leyes, sentencias y cartas pastorales, inclusive, procesos del Santo Oficio) sitúan esta parte del “mundo” en “el Mundo”, es decir, en el universo de significado europeo. Todos estos personajes del denominado “descubrimiento” darán comienzo a la tarea de worlding, de “re-nominación”, de lo que ya tiene nombre pero que es preciso volver a significar de acuerdo con el imaginario del canon imperial”

Complementando lo anterior y a tener en consideración, ya que sentará las bases del encuentro, conquista, colonia y emancipación, dejando pilares de grueso cal y canto, es que lo traído desde el Viejo Mundo en forma conceptual, se hace realidad en el Nuevo. O’Gorman ya lo adelantó en su tiempo, al ver una invención por parte de un marinero que sueña con la inmortalidad. Colón se encargará de ello y será su padre fundador: hacer que la mitología medieval -y europea- se instale y se haga carne en la realidad americana. Claude Kappler analizando al genovés y esta espiritualidad histórica, nos dirá que para

“Colón es sin duda de importancia primordial el probar que todo se va cumpliendo con normalidad; ha encontrado ya ciertos detalles que demuestran que se halla ya en las Indias, y descubrirá otras tierras que no harán sino confirmar su opinión”.

En efecto, las creencias de Colón, son las que transmitirá por ciertas en el nuevo continente. Irá calzando los mitos, leyendas y cuentos de los libros leídos por él. Los molinos de viento del Almirante, serán los caníbales, los ruseñores y el Jardín del Edén, entre otras cosas que el genovés “ve”, como cuando alucina con los ríos del Paraíso Terrenal.

Ahora bien. Es imposible entender que un puñado de hombres haya recorrido un continente completo en unos pocos años, si no es porque los mueve el encontrar sus Dorados y Fuentes de la Juventud, de trasladar sus creencias a una tierra que tenía sus propias creencias. Mitos y leyendas que vienen desde la Odisea, con seres habitantes del gran Mar Mediterráneo, creados y des-creados por los mismos dioses. Cómo comprender, por ejemplo, los cientos de Amagros, Orellanas, Pizarros, Ursúas y Lopes de Aguirres que pululaban en el vasto terruño... la respuesta es: hombres de su tiempo, en su tiempo y con su tiempo en la historia. Por favor, no caer en los estereotipos de colocar y/o trasladar

conceptos e imágenes actuales a los tiempos remotos. La historia debe comprender conforme a su tiempo y espacio. El revisionismo histórico es bienvenido y con creces, pero una cosa es el revisionismo y otra es la fantasía literaria o el torcer la historia como quien tuerce una vara de bambú. Sí, se dobla, pero cuidado, puede rasgarse y golpear fuertemente en la cara.

No puedo dejar pasar la oportunidad de un breve homenaje a América Latina, a nosotros “los Otros”, con la herencia hispana/occidental de las interpretaciones y reinterpretaciones de las palabras. Sus significados y sus tonos, van a variar conforme avance desde el Río Grande a la Patagonia. Han pasado más de quinientos años del accidente y seguimos siendo cronistas de nuestras propias vivencias, de nuestra propia historia. Y este homenaje y resurgimiento de la crónica, la hallamos en un viejo-nuevo texto de Octavio Paz y una palabra que reflejaría un devenir: Somos Hijos e Hijas de la Gran Chingada. Una América eternamente violada por los siglos de los siglos. Amén.

Pero ingresemos lo que nos convoca y como lo observaron los cronistas, a quienes, independientemente de lo dicho anteriormente, son parte de nuestra historia y esa historia, no puede ser cambiada. Estudiamos y comprendemos el pasado-presente y el presente-pasado. No juzgamos en historia y tampoco hacemos futurología, para ello, existen otras disciplinas.

Capítulo 3



AVES DEL PARAÍSO EN LA TIERRA

La primera señal de que se acercaban a tierra la dieron aquel mes de septiembre de 1492, tras dejar atrás Las Canarias, los marineros que se encontraban en las tres naves hispanas que se aproximaban a las Islas del Caribe. El capítulo XVII, que relata la historia del Almirante de la Mar Oceána, de Fernando Colón (1488 - 1539), se denomina “*De las Aves, i otras feñas, que denotaban Tierra cercana, que encontró el Almirante en fu viaje*” y que denota el asombro y la alegría de los hombres de mar, cansados de la gran travesía y la trascendencia para sus vidas el ver surcando por los cielos aves que deben por necesidad, posarse en tierra para descansar y anidar. Nos relata Fernando que

“Los de la Carabela Niña dijeron al Almirante, que el Viernes pafado habían vifto una Garça, i otra Ave llamada Rabo de Junco, de que entonces fe admiraron mucho, por fer los primeros Pajaros que havían vifto”.

Es interesante dar a conocer, que el hijo del Almirante, explica el nombre de una de esas aves, para que sus lectores, entiendan de lo que se habla o de los raros nombres que dan los marineros a los pájaros. Con respecto al rabo de juncos, Fernando Colón, explica



que es “llamada afi, porque tiene por Cola una pluma larga”. El cronista hispano Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478 - 1557), definirá a los rabos de juncos como unas “aves hay blancas y muy grandes voladoras, y son mayores que palomas torcaces, y tienen la cola luenga y muy delgada; por lo cual se le dio el nombre que es dicho de rabo de junco, y vese muchas veces muy adentro en la mar, pero ave es de tierra”

Desde ese momento en adelante y en todo instante, la presencia de aves en el cielo o posándose sobre la nao y las carabelas, entregaban mayores esperanzas a los hombres de mar de que pronto tocarían tierra, fuese esta firme o una isla.

Es así que desde el 19 de septiembre al 8 de octubre, se dejaron ver una buena cantidad de pájaros, los cuales son descritos en forma pormenor por Fernando Colon al recordar el primer viaje del Almirante de la Mar Oceana:

“19 de Septiembre, por la mañana, fe pufo en el Navio del Almirante un Alcatráz, i por la tarde Otro, que daban eferança de Tierra, juzgando, que eftas Aves no fe alejarían mucho de ella”. “El jueves 20, vinieron otros dos Alcatraces, i de allí a un buen rato, Otro, i cogieron un Pajaro femejante a Garça, aunque era negro i tenía en la cabeça moño de Plumas blancas, i los pies como Anade”. “Al amanecer fe pufieron en el Navio tres Pajarillos cantando, i á la anochecer defaparecieron”.

El día 22 de septiembre ven revolotear por las embarcaciones algunos chirritos y el día 23 “vieron volar una Tortola sobre la Nave”.

Bartolomé de Las Casas (ca. 1474- 1566), añadirá a los avistamientos de este último día, “un pajarito de río y otras aves blancas”. No se especifican cuales son y pareciese que se da por entendido lo que habla el obispo. Esto es cosa curiosa, ya que es común en los cronistas den de asemejar lo que no conocen en el Nuevo Mundo, con lo más parecido en el Viejo. De esa manera lo encontramos en Francisco Javier Clavijero (1731 - 1787), al relatarnos su viaje por la Baja California, donde nos cuenta que

“De las aves de la California tenemos poco que decir, pues aunque hay muchas especies, casi todas son conocidas en Europa, ya por ser comunes á ambos continentes, ya por haber hablado copiosamente de ellas los historiadores de América”.

Lo mismo lo hallamos en Francisco Cervantes de Salazar (ca. 1513 - 1575), que al



referirse a las maravillosas aves y sus características en México, nos dice que

“Muchas aves hay en la Nueva España muy semejantes a las de Castilla; pero hay otras en todo tan diferentes, que me pareció ser justo, de la multitud de ellas, escoger algunas, para que, entendiendo el lector su maravillosa diversidad, conozca el poder del Creador maravilloso en todas sus obras”.

Como se aprecia en estos dos ejemplos, quienes escriben, tratan en lo posible, de asemejar lo que ven sus ojos a lo que en España pudiese parecerse, tal como lo hace, en su excelente descripción de las aves de Nueva España, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en el “Sumario de la Natural Historia de Las Indias”, donde el Capítulo XXVIII se titula “Aves conocidas y semejantes á las que hay en España”. Debemos recordar que el cronista desde los trece años compartió en la corte del Príncipe Juan con los hijos de Colón, Fernando y Diego y siempre tuvo de primera mano los relatos de los conquistadores, por lo cual, busca incansablemente los mayores detalles en sus historias. El tratar de escribir todo en pormenor lo ejecutaba para dejar las maravillas del continente, las hazañas de los españoles y obviamente, su nombre para la posteridad. Bueno y que historiador no busca lo mismo.

El día lunes 24 de septiembre, se acercan a la nave un alcatraz y “muchas pardelas, que son ciertas aves de tierra que venían de hacia Poniente”, nos relata el Obispo de Chiapas, dando a entender, que la tierra esta próxima.

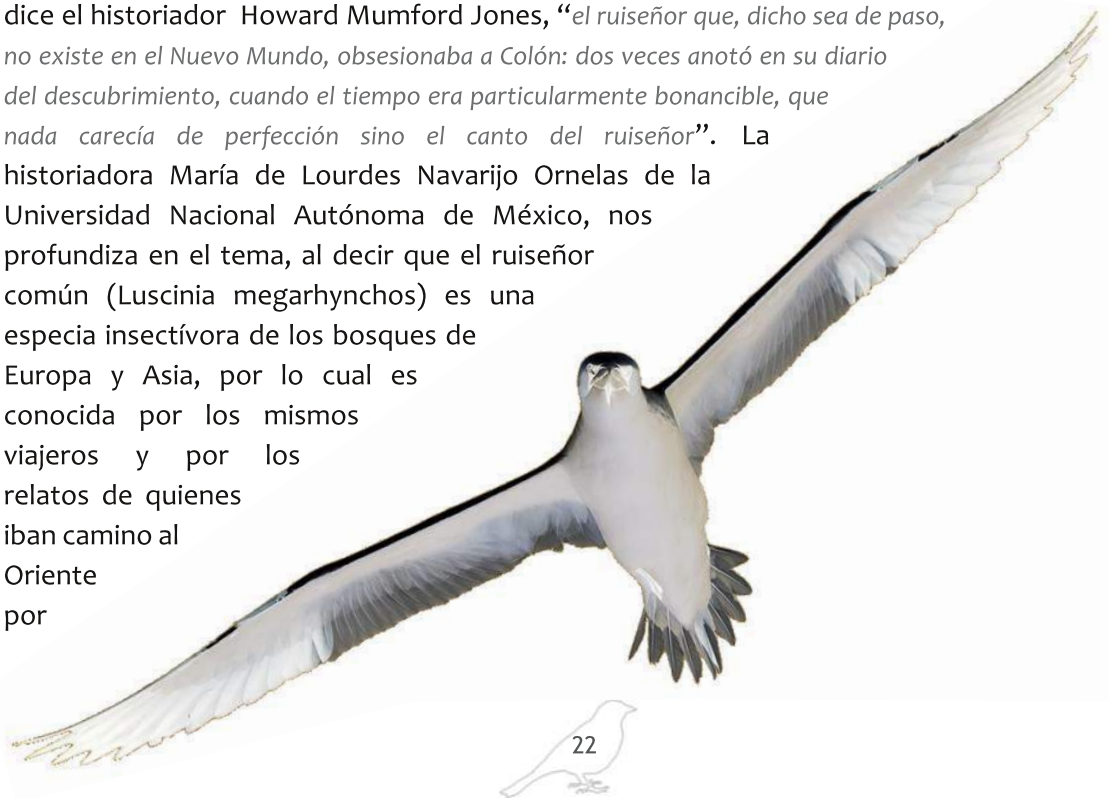
Convencidos de estar cerca de su objetivo, lo dieron los rabi ahorcado, aves que siguen a los alcatraces, cual rémora y tiburón, para comer lo que ellos desechan. Es así que el día jueves 27 de septiembre, hace Fernando Colón la descripción del acontecimiento: “un Rabi Ahorcado, que aunque es Ave de Mar, no fe para en él, antes anda por el aire perfiguiendo los Alcatraces, hafta que los hace defcargar el vientre, i en el aire recoge la inmundicia para mantenerfe”. El autor del “Sumario de la Natural Historia de Las Indias”, describirá al rabi ahorcado como “grandes, y vuelan muchos, y lo mas continuamente andan muy altos, y son negros y cuasi de rapiña, y tienen muy largos y delgados vuelos, y los codos de las alas muy agudos, y la cola abierta como la del milano, y por esto le llaman rabihorcado; son mayores que los milanos, y tienen tanta seguridad en sus vuelos, que muchas veces las naos que van á aquellas partes, los ven veinte, y treinta leguas, y mas, dentro en la mar, volando muy altos”. Este rabí ahorcado que se relata en las crónicas es el ave llamada Fragata Aquila.



Es interesante este acontecimiento por lo siguiente. Primero, Fernando Colón cita la vista del rabí ahorcado y los alcatraces el día 27 de septiembre y Bartolomé de Las Casas el día 29 del mismo mes. El relato no cambia, ya que sabemos que Las Casas copia y muchas veces transcribe lo que encuentra en los archivos de España y escucha de primera mano. Lo segundo, es el relato del clérigo que pone en boca de Cristóbal Colón -ante tal maravilloso y bienaventurado acontecimiento para su persona, debido a los intentos de motín-, el sueño de oír el canto del ruiseñor, el cual, efectivamente, él y solamente él, lo escuchará y lo dejará para la posteridad. Nos dice el obispo de Chiapas al respecto:

“parecieron por tres veces tres alcatraces y un rabihorcado, que así llaman aquella ave que tiene la cola partida en dos partes, y ésta persigue a los alcatraces hasta que estercolizan, y come aquel estiércol y dello se mantiene. Dijo el Almirante aquí que todo esto era gran señal: los aires diz que eran dulces y suavísimos, que no faltaba sino oír cantar el ruiseñor”.

El gran anhelo del genovés de cumplir su sueño, lo hacen sentir en los tiempos en que el cielo se encontraba despejado y las aves anunciaban el arribo a tierra, tal alegría comparada al que escucha el canto del ruiseñor. Y si bien es cierto, es una frase para el bronce y que denota tranquilidad, esperanzas y jolgorio, el solo hecho de oírlo posteriormente, hacen que al Almirante confunda los sonidos de aves jamás vistas en Europa y que al no poder dar una explicación, las comparé al ruiseñor. En efecto, como nos dice el historiador Howard Mumford Jones, *“el ruiseñor que, dicho sea de paso, no existe en el Nuevo Mundo, obsesionaba a Colón: dos veces anotó en su diario del descubrimiento, cuando el tiempo era particularmente bonancible, que nada carecía de perfección sino el canto del ruiseñor”.* La historiadora María de Lourdes Navarizo Ornelas de la Universidad Nacional Autónoma de México, nos profundiza en el tema, al decir que el ruiseñor común (*Luscinia megarhynchos*) es una especie insectívora de los bosques de Europa y Asia, por lo cual es conocida por los mismos viajeros y por los relatos de quienes iban camino al Oriente por



tierra en aquella -y actual- época. Su canto es fuerte y es capaz de imitar otros sonidos. Lo más probable, como nos dice Navarrijo Ornelas, es que Colón y los otros conquistadores, al escuchar el sonido melodioso del ruiseñor, hayan realmente oído al Cenzontle (Mimus polyglotos), que es una ave autóctona de América, que tiene la capacidad de tener entre 50 a 200 canciones distintas y que era llamada en idioma náhuatl Centzontototl, que quiere decir, “ave de las cuatrocientas voces”.

Colón lo escuchará en la Isla Española, cuando hace su relato sobre el descubrimiento y los árboles existentes. En su primera epístola enviada a Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón, el Almirante escribe que *“Dellos están floridos, dellos con frutos, y dellos en otro término segun es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pájaros de mil manera en el mes de Noviembre por allí donde yo andaba”*. Se vuelve a repetir en la carta enviada a Luis de Santangel: *“y cantaba el ruiseñor y otros pájaros de mil maneras en el mes de Noviembre por allí donde yo andaba”*.

De igual modo lo hallamos en la isla Fernandina, donde Colón se encuentra *“Enamorado de su belleza”*, a la vez que *“oíafe el canto de los Ruifeñores, y otros Pajarillos, tan fuave, que no fabia bolver á la Barca, y no folo volaban entre los Arboles, fino en vandadas tan grandes, pafaban, que obfcurecian el Sol”*.

Y no tan solamente se dejará testimonio de ver tan magnífica ave en las islas del Caribe, sino que también en Tierra Firme, apreciándose una *“gran diversidad de Aves, mui diferentes de las nueftras, aunque entre ellas havia Perdices, y Ruifeñores”*.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en su obra ya citada, dedica el capítulo XLVI a los *“ruiseñores y otros pájaros que cantan”*. Nos dice el cronista que

“hay muchos ruiseñores y otras muchas aves pequeñas, que cantan maravillosamente y con mucha melodía y diferentes maneras de cantar, y son muy diversos en colores los unos de los otros. Algunos hay que son todos amarillos, y otros que todos son colorados, de una color tan fina y excelente, que no se puede creer ni ver otra cosa mas subida en color, como si fuese un rubí, y otros de todas colores, y otros de pocas, y algunos de una sola, y tan hermosos, que en lindeza exceden y hacen mucha ventaja á todos los que en España y Italia y en otros reinos y provincias muchas yo he visto”.

Y los ruiseñores estarán más allá de las fronteras del actual México, ya que Clavijero



las escuchará y verá en su viaje a la Baja California: “Entre las aves de cantos hay ruiseñores, aunque pocos, cenizos, calandrias, gorriones, tigrillos, cardenales y otros, los cuales con su dulce y armonioso canto alivian algo la fatiga a los que viajan por aquellos áridos y melancólicos desiertos”.

Pero el oír lo no oído quedo plasmado en el continente y es así, que una leyenda originaria de Guatemala y que nos trae de vuelta la historiadora María de Lourdes Navarizo Ornelas, nos dice que

“el quetzal solía cantar sublimemente en épocas anteriores a la llegada de los españoles, sin embargo a su llegada enmudeció y se cuenta que se escuchará de nuevo su canto cuando la tierra sea libre. Lo ciertamente curioso de esta historia es que no posee un canto como tal, sino emite un silbido o grito agudo cuya onomatopeya es quiau que repite de dos en dos veces de manera monótona”

Ahora bien, esto de dar nombres europeos a lo americano no es nuevo en los conquistadores y sus cronistas, como tampoco inventarlos conforme a la ocurrencia del momento o a los libros leídos. El mismo Cristóbal Colón a lo nunca visto por sus ojos “empezó por darle nombres viejos: llamó almadías, nombre de origen árabe con que se designaban ciertas embarcaciones de África, a las canoas; antes de conocer la palabra cacique, designó a los señores indígenas con el título de reyes”, como nos relata Pedro Lastra, en su estudio titulado “El encuentro con el Nuevo Mundo y las incitaciones poéticas de la extrañeza”.

Estos errores de percepción e interpretación, hace que el Almirante y otros posteriormente, confundan lo que dicen y hacen los pueblos originarios de América, con lo que creen entender y comprender los conquistadores europeos. En el caso de Colón y su gente dejamos a José Arrom, en relación a lo celebración del V Centenario y su historia del Caribe que “la urgencia de dar a conocer las inauditas maravillas del Nuevo Mundo en una lengua europea que para ello carecía de términos apropiados, Colón impone sobre realidades americanas palabras españolas que dan una vaga idea de los objetos nombrados pero distorsionan su verdadera naturaleza”.

Con respecto a las aves y esta modalidad de asemejar o dar nombre a lo que no se tiene por conocido pero si parecido o semejante, lo encontramos en todo el continente americano por parte de los conquistadores ante realidades que se abrían ante sus retinas. Por ejemplo, tenemos el siguiente canto sobre el Paraguay y las tierras de los guaraníes,



donde se ven por parte del cronista Martín del Barco Centenera (1535 - ca. 1605), avestruces, las cuales sabemos, no existen en América.

*“Aves la tierra cria diferentes,
Que habitan por las Islas de este Rio;
Pabas, Avestruces mui valientes
Neblies, y Falcones de gran brio”*

O lo mismo para Chile, donde Francisco López de Gómara (1511 - 1566) en su *“Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés”*, nos cuenta que *“hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchas avestruces”*.

Pero volvamos a la travesía y este primer encuentro entre hombres y aves. En el mes de octubre y aproximándose a la fecha del descubrimiento por parte de los europeos de América, los días jueves 4 y lunes 8, se observan volar sobre las cabezas de los marineros golondrinas y ánades, respectivamente.

Descubierto para Europa el nuevo continente, seguirán las descripciones de aves, esta vez, de los hermosos papagayos, los cuales, se convertirán en los pájaros preferidos de los marineros y llevados a España, en el regreso de Colón, como aves de fabulosa belleza y mostrados a la población, que se admira por animales nunca antes vistos.

Las canoas de tainos de la isla de Guanahaní que seguían las embarcaciones, viajaban con papagayos a bordo. En la misma isla, los únicos animales que observa la marinería son estas aves, las cuales *“venían á trocar con otras cofas, como ía fe ha dicho”*.

Esto nos demuestra que no solamente son entregados a los europeos, el escaso oro y piedras preciosas por parte de los caribeños, sino que también animales, que como hemos dicho, son mostrados en sendos desfiles por las calles de España.

No es menor, que las aves de los primeros habitantes que ven los hispanos en las



islas del Caribe, son verdaderamente apreciadas por sus dueños. No solamente son gente desnuda y mansa, como son descritos por Colón y otros, sino que también, en una sincronía con la naturaleza a la cual la convierten en un todo, los taínos “*amaban como a hijos a las aves y animales domésticos*” y esto lo dice Juan López de Palacios y Rubio (1450 - 1524).

Pedro Martir Anglería (ca. 1457 - 1526) nos dará a conocer la otra faceta de los habitantes del Caribe y sus papagayos, al describir su plumaje y lo que se hacía con ellos, posterior a su crianza, nos relata el italiano al servicio de la corona española que

“las plumas de las alas las tienen de varios colores, pues unas son verdes, otras purpúreas mezcladas con amarillas. No es menor la abundancia de papagayos en todas las islas que entre nosotros de pájaros ó de otras aves de por acá. Como los nuestros crían por gusto picos, tordos y otros semejantes, así ellos, aunque sus bosques están llenos de papagayos, los educan, pero después se los comen”

El mismísimo Fernando el Católico va a deleitarse con la belleza de los papagayos, los cuales, a decir de Fernández de Oviedo existen por un cuanto hay y “*de tantas maneras y diversidades, que sería muy larga cosa decirlo*” y López de Gómara nos contará que “*hay muchos papagayos y de muchos tamaños, grandísimos y chicos como pájaros, verdes, azules, negros, colorados y manchados que parecen remendados*”. Opta Fernández de Oviedo, en ser tajante en su discurso y exponer que la mejor manera de poder describirlos es “*mas apropiada al pincel para darlo á entender, que no á la lengua*”. A Fernando le llevan “*treinta papagayos, ó mas, en que había diez ó doce diferencias entre ellos, y los mas de ellos hablaban muy bien*”

Los papagayos, estarán en toda expedición realizada por los conquistadores y en cuanta relación de aves que se describan. Así lo vemos en la expedición de Hernando de Grijalva en 1535, que en su viaje por la Mar del Sur, al bajar a la isla de Santo Tomás, traen a la nave para saciar su hambre “*muchos paxaros y entre ellos tres ó quatro tortolas que tenían el plumaje ni mas ni menos como perdices, y los pies hecetos el pico tenían de paloma; mas truxieron zorzales cantidad dellos muy gordos, que estaban á tomar con las manos; mas, decían que habían visto águilas reales, infinitos papagayos é tambienalcones*”.

El hambre, como hemos visto, era pan de cada día y los habitantes de las tierras por donde pasaban estos desnudos o harapientos extranjeros, ante las pregunta de comida, siempre les indicaban que cerca existía “*mucho mahiz e Papagayos*”, como nos relata el cronista Juan Rodríguez Cabrillo (ca. 1498 - 1543).

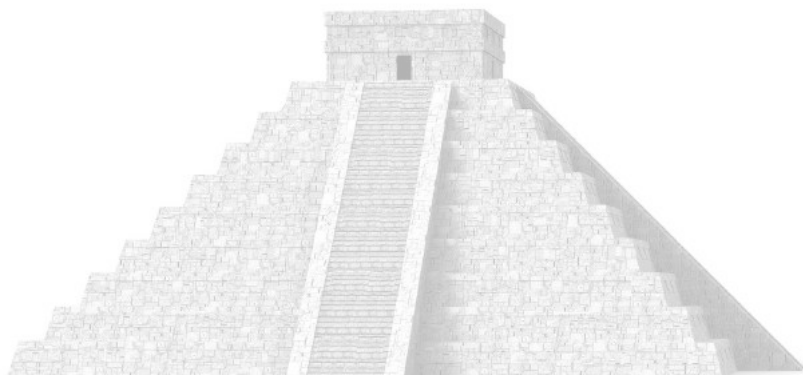


En fin, los hermosos papagayos estarán presente en casi toda América y en todos, como lo hemos visto, los relatos. Cabeza de Vaca (ca. 1488 - ca. 1558), luego de su penosa travesía en la América Septentrional, los observa en la tierra de los guaraníes cuando describe sus costumbres, afirmando que “*fon Labradores, que fiembran dos veces en el Año Maíz, i afimifmo fiembran Caçabí, Crían Gallinas, a la manera de nueftra Efpaña, i Patos; tienen en fus Cafas muhos papagaios*”.

Y si algunas aves son conocidas por los marineros, otras llamarán enormemente su atención. En la isla de Cuba, el Almirante observa “*una infinidad de Pajaros, diverfos de los nuestros*”. Mayor aún será la sorpresa en Tierra Firme, cuando la América Nuclear y el Imperio Azteca se abra hacia sus ojos, con sus monumentales ciudades y sus riquezas nunca antes vista por europeo alguno y que se complementará en las extensas tierras meridionales del continente y la caída del otro imperio americano.



Capítulo 4



MÉXICO-TENOCHTITLAN

Si la terquedad de Colón es digna de admiración y con ella, logro llegar a las postrimerías de su Cipango y su Cathay, también es la de Hernán Cortés, que sabiendo que se encuentra en un Nuevo Mundo, rompe las cadenas de su pasado y se convertirá en el conquistador de la primera gran civilización americana con la que se encuentra España.

Y si bien es cierto no tratamos en este breviario la vida y obra del Almirante, es digno traer las palabras sobre él de la historiadora Consuelo Varela. Nos dice en las conclusiones de su libro “Colón y los florentinos” lo siguiente y que debería estar, a nuestro entender, al inicio de toda historia sobre Cristóbal Colón, a saber,

“los libros de texto de nuestro bachillerato nos pintaban un Colón recibiendo de manos de la reina Católica sus joyas, para que con su hipoteca pudiera lanzarse a descubrir nuevas tierras; se nos decía que murió pobre y solo. La hagiografía colombina nos lo ha presentado como un personaje alto y rubio, de nariz aguileña, vestido de sedas y brocados, cuando no se tocaba con el hábito de terciario franciscano, y rodeado siempre de personajes impresionantes de alta alcurnia y finos semblantes. Ni una ni otra versión parece que se ajuste mucho a la

realidad misma del almirante. Ni la reina vendió sus joyas, ni se le paso por la cabeza semejante locura. No murió ni pobre ni solo: toda su familia, incluyendo a su cuñado Bardi, le acompañaron en el lecho de muerte en Valladolid. Y por último, la gente con la que convivía habitualmente, la que formaba parte de su círculo íntimo, era ni más ni menos que la que le correspondía: emigrantes como él y de vida sencilla, lo que hoy llamaríamos pura y simplemente ‘la clase media’

Hernán Cortes, considerado uno de los conquistadores con mayor sapiencia en los primeros años de la gran hazaña hispana, hablará por cuenta propia y por sus cronistas que relatarán su vida y obra. Y en ellos y otros, nos detendremos para dar a conocer las maravillas de aves que se encontraban en Mesoamérica y en forma especial en México-Tenochtitlan, ciudad digna de cualquiera existente en la misma época en el mundo de occidente y que incluso no tenía rivalidad. Uno de sus cronistas -que ha pasado a la posteridad como el Cronista Anónimo- dirá que *“Muchas de aquellas ciudades están mejor ordenadas que las de acá, con muy hermosas calles y plazas, donde hacen sus mercados”*. En carta del licenciado Alonso de Zuazo (1466 - 1539) a fray Luis de Figueroa en 1521, profundiza en el relato anterior: *“todos los días del mundo se hace un mercado en que entran, dende poco antes que se pone el sol hasta la media noche, ochenta mill personas que venden y compran todas las cosas necesarias á la vida humana, ansí al comer é beber al vestir é calzar; oro y plata, piedras de valor, con otros plumajes é argenterias maravillosas, y con tanto primor fabricadas, que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas”*.

Era tal la magnificencia de la ciudad, que asombraba a los habitantes mesoamericanos que llegaban por primera vez a sus puertas y osaban entrar cual provinciano llega por primera vez a la gran ciudad, donde se encuentran con millares de gentes que camina de un lado a otro y con edificios de piedra tallados como si los dioses hubiese usado el martillo y el cincel, donde *“el efecto grandioso que debían producir esos monumentos aumentaba todavía más por los innumerables bajorrelieves, estatuas y esculturas de todo género, en su mayor parte sagradas aunque las había también profanas, que decoraban los edificios, poblaban los santuarios y las habitaciones, jalonaban las murallas y las plazas. Lo que de ella queda en el Museo Nacional, a pesar de las destrucciones en gran escala del siglo XVI, desconcierta por su cantidad, sus dimensiones y su perfección”*, como nos relata el historiador Jacques Soustelle.

Si desconcertaba a los habitantes contemporáneos de México-Tenochtitlán y sus alrededores antes de la llegada de Cortés y hoy en un Museo de la Ciudad de México, imaginémonos lo que produjo en los europeos del XVI, como lo apreciamos en solamente



dos descripciones de las decenas que existen por parte de los cronistas de la época y eso que las dos reproducidas, solamente hablan del mercado de México-Tenochtitlán, como habrá apreciado el lector.

Cuando Cortés llega a la ciudad, su primera impresión fue compararlas con las de la península. México-Tenochtitlan en boca de Hernán Cortés *“es tan grande”* como Sevilla y Córdoba y su mercado *“como dos veces la ciudad de Salamanca”*, ciudad que conocía muy bien.

El primer encuentro entre los barbudos comandados por Hernán Cortés y los mesoamericanos, se concretizará en paz, ya que la avaricia de unos se contrarrestará con la curiosidad de los otros y como sacar mejor partido a sus aventuras por parte de los primeros, pese a que los comandados por el estudiante de Salamanca, concuerden con él, en que solamente quieren tener a los mexicanos como hermanos y conocer su ciudad a la cual vienen de pasada.

Cuando la palabra no es sujeto de amistad, vendrá la espada, y en el desencuentro entre las huestes de Cortés y los indios de Tabasco, donde triunfaran los primeros, comienza a llamar la atención de los soldados las vestimentas de sus contrincantes, los cuales *“Ceñían las cabezas con unas coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto, persuadidos también á que el penacho los hacía mayores y daba cuerpo á sus ejércitos”*, en palabras de Antonio de Solís y Rivadeneira.

Al saber la noticia de los dioses/invasores -que gran dilema de Moctezuma. El gran dilema de un hombre en la historia nos dirá Miguel León Portilla en el capítulo titulado *Actitud psicológica de Motecuhzoma* en *“La visión de los vencidos”*-, envía a Cortés lo más preciado de su tesoro: plumas de aves hermosamente cuidadas, como lo veremos más adelante y que son conocidos los relatos por todos los amantes de la rica historia de México. Siguiendo a Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610 - 1686) en su *Historia de la conquista de Méjico*, Moctezuma por intermedio de sus embajadores, entrega a Cortés *“cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosura y natural variedad de colores, buscado en las aves exquisitas que produce aquella tierra sobreponían y mezclaban con admirable prolijidad, distribuyendo los matices y sirviéndose del claro y oscuro tan acertadamente, llegaban á formar pintura y se atrevían á la imitación del natural”*.

Estos plumajes son considerados de un valor extraordinario por parte de los



aztecas y en forma inmediata, al saber su significado, por los europeos, los que rápidamente perderán su asombro al no considerarlas dignas de valor monetario. Moctezuma al hacer entrega de estas dadas, las cuales le estaban prohibidas a los guerreros de rango inferior y al pueblo, agasaja a los recién llegados y los hace sentir de una manera que en España nunca soñarían: ser tratados como dignatarios. Sin embargo, el oro, la plata y las piedras preciosas, serán más fuertes en cuanto la avaricia crecía en los conquistadores.

Resulta incomprensible en la actualidad, que la cantidad incalculable de metales preciosos sacados desde América a España, no tuvo su efecto de crecimiento y desarrollo en la península. Esto a primera vista, ya que sabemos que lo que entraba a la metrópolis era mucho menos de lo que gastaba la corona. Si, parece increíble, pero lo es desde los inicios de la conquista en una Corona y un Emperador heredero de territorios donde “no se escondía el sol”. En efecto *“bajo Carlos V, las quejas se refieren casi todas, de hecho, a los gastos imperiales fuera del reino. El contribuyente no comprendía como un príncipe tan rico se podía mostrar tan exigente con sus súbditos. Y tenía razón. Los compromisos reales superan casi siempre los ingresos de Indias. Nada compensa este fluir. Es una pérdida de sustancia para el reino”*. Este relato del historiador Pierre Vilar se ve complementado por lo expresado por Antonio Igual Úbeda y su historia de Carlos V, donde *“a tal extremo se llegó en el empobrecimiento de la producción industrial española y en el desequilibrio de la balanza económica, que con tanta prisa rodaba el dinero de fronteras afuera que alguien lego a decir que el rey francés nos hacía la guerra con el oro que de aquí recibía; y era opinión general que estas tierras eran ‘las Indias de Europa’”*.

Lo que para Moctezuma es un regalo de los dioses, para los conquistadores es un desperdicio que entorpece lo verdaderamente importante para ellos, los cuales *“comenzaron a preguntar a Mocthecuzoma por el tesoro real para que dijese dónde estaba, y él los llevó a una sala que se llamaba Teuhcalco, donde tenían los plumajes ricos, y otras muchas joyas ricas de pluma y de oro y de piedras, y luego lo sacaron delante de ellos. Comenzaron los españoles a quitar el oro de las plumas y de las rodajas y de los otros atavíos del areito que allí estaban, y por quitar el oro destruyeron todos los plumajes y joyas ricas”*, como nos relata Bernardino de Sahagún (ca. 1499 - 1590).

La pluma es enaltecida en gran cuantía por parte de los pueblos mesoamericanos y se reservan éstas, como dijimos, a la realeza, nobleza y aristocracia azteca y a los principales de sus pueblos súbditos o contrincantes. Fray Jerónimo de Mendieta (1525 - 1604) en la Historia eclesiástica Indiana nos lo da a conocer en el caso del matrimonio,



donde se actuaba de la siguiente manera: “A los señores principales echábanles el agua con un plumaje á reverencia del dios del vivo, y luego las vestian de limpias y nuevas vestiduras, y daban al novio un encensario para que echase encienso á ciertos demonios de su casa, y á la novia poníanle encima de la cabeza pluma blanca, y emplumábanle los piés y las manos con pluma colorada”.

En el “México Antiguo” de Sahagún, también encontramos este ceremonial en los estamentos bajos de la sociedad en costumbres ancestrales y arraigadas a ella, donde los preparativos nupciales se ejecutaban de la siguiente forma: “tarde de este día bañaban a la novia, y lavábanla los cabellos, y componíanla los brazos y las pierna con pluma colorada, y poníanla en el rostro margagita pegada; a las que eran más muchachas poníanlas unos polvos amarillos que se llaman tecozáhuil”.

La madre de la novia, al entregar su hija a su futuro yerno, le recuerda lo que significa él para su nueva familia, llamándole “hijo mío”, el cual es considerado “nuestro tigre y nuestra águila, y nuestra pluma rica y nuestra piedra preciosa”, al mismo tiempo, que le aconseja cuando salga en busca del sustento familiar: “habréis menester de templar el calor del sol con el aventadero de plumas que habéis de llevar en la mano”, nos cuenta Sahagún.

El concepto de pluma rica, se entregará por parte de los antepasados a la mujer embarazada a la cual “os aman mucho y que os tienen como una piedra preciosa y una pluma rica”. La familia y la comunidad al saber que esta la mujer encinta la halagará diciéndole que “ya está claro que estáis preñada, y que nuestro señor os quiere dar fruto de generación, y os quiere poner un joyel y daros una pluma rica”. Si es una doncella la que dará a luz, se le llama tiernamente “¡Oh, hija mía chiquitita, palomita!” y a su hijo recién nacido se le recibe como un ser “amable como una pluma rica o piedra preciosa”. El cronista de la Historia General de las cosas de Nueva España dejará estas bellas palabras para la posteridad.

Y si bien es cierto, los conquistadores no darán importancia a las plumas y los trajes y trabajos realizados con ellas, si son alabadas en la Corte aquellas que logran cruzar la Mar Oceána. Nos cuenta José de Acosta (1540 - 1600) que

“En la nueva Epaña ay copia de paxaros de excelentes plumas, que de fu fineza no fe hallan en Europa, como fe puede ver por las ymagenes de plumas, que de alla fe traen: las quales con mucha razón fon eftimadas, y caufan admiración, que de plumas de paxaros fe puede labrar obra tan delicada, y tan ygual que no parece fino de colores pinradas, y lo



que no puede hazer el pinzel y los colores de tinte, tiene unos vivos miradas y a poco a foslayo tan lindos, y tan alegres, y vivos, que deleytan admirablemente. Algunos Indios buenos maefros retratan con perfeccion de pluma, lo que veen de pinzel, que ninguna ventaja les hacen los pintoresde Efpaña. Al Principe de Efpaña dó Philipe dio fu Maeftro tres eftanpas pequeñitas, como para regifros de diurno hechas de pluma, y fu alteza las moftro al Rey don Philipe nueftro Señor fu padre, y mirándolas fu Mageftad dixo, que no avia vifto en figuras tan pequeñas cofa de mayor primor. Otro quadro mayor en que eftava retratado fan Francifco recibíendole alegremente la Santidad de Sixto Quinto, y diziédole que aquello hazian los Indios de pluma, quifo provarlo trayendo los dedos un poco por el quadro, para ver fi era pluma aquella, pareciéndole cofa maravillofa efta tábié affentada, que la vifta no pudieffe juzgar, fi eran colores naturales de plumas, o fi eran artificiales de pinzel. Los vivos que haze lo verde, y va naranjado como dorado, y otras colores finas fon de efpaña hermofura: y mirada la ymagen a otra luz parecen colores muertas, que es variedad de notar. Hazenfe las mejores ymagenes de pluma en la provincia de Mechoacan en el pueblo de Paſcaro. El modo es có unas pinças tomar las plumas arrancándolas de los mifmos paxaros muertos, y con un engrudillo delicado que tienen, yrlas pegando con gran prefteza y policía. Toman eftas plumas tan chiquitas y delicadas de aquellos paxarillos, que llaman en el Piru Tominejos, o de otros femejantes, que tiene perfectifsimas colores en fu pluma. Fuera de ymageneria usaron los Indios otras muchas obras de pluma muy preciofas, efpecialmente para ornato de los Reyes y Señores, y de los templos, y ydolos. Porque ay otros paxaros, y aves grandes de excelentes plumas y muy finas de que hazian biçartos plumajes, y penachos, efpecialmete quando yvan a la guerra, y con oro y plata concertavan eftas obras de plumeria rica, qera cofa de mucho precio. Oy dia hay las mifmas aves, y paxaros, pero no tanta curiosidad, y gala como folian uſar. A eftos paxaros tan galanos, y de tan rica pluma ay en Indias otros del todo contrario, q demás de fer en fi feos, no firmen de otro oficio fino de echar eftiercol.”

El trueque de ellas, es de importancia, llegando incluso más allá de las fronteras de México-Tenochtitlan por el lado norte, como lo observó Cabeza de Vaca en su derrotero por el sur de los actuales Estados Unidos, cuando relata que “las compraban a trueco de Penachos, i Plumas de Papagaios”.

Francisco Hernández (ca. 1475 - 1517), nos dirá que ropas y penachos, se encontraban “entretejidos de varios géneros de plumas, como de águilas, loros, quezaltótotl, hoitzitzillin, quechultótotl”. Los aztecas trabajan en forma principal, ya que las conocían bien, plumas de color negro, blancas y pardas, que correspondía a águilas, garzas y



codornices. Las plumas de otro color, como las de quetzal, “cuyo valor equiparaban sólo al del oro y del jade”, en palabras del historiador Walter Krickeberg, eran traídas desde el sur de México. Las plumas de color rosado las traían de Veracruz, de la garza espátula y el cotinga desde Soconusco. Los plumajes de rojo brillante de las araras y las plumas verdes amarillentas de los papagayos. Los colibríes, aportarán plumas de diferentes colores, los cuales provienen en su gran mayoría de las tierras del sur y eran considerados sagrados, a tal punto, que uno de sus dioses principales tiene por nombre Huitzilopochtli, es decir, colibrí zurdo.

Es tal la admiración por los colibríes, por parte de la población mesoamericana nucleica, que incluso, hace que los españoles logren ver las maravillas que hacen estas aves, que son capaces de vencer la muerte, tal como lo describe fray Diego Durán (1537 - 1588), cuando hace una referencia en forma tangencial a Huitzilopochtli

“Tenía sobre la cabeza un rico penacho á la hechura del pico de pájaro el qual pájaro llamavan vitzitzilin que nosotros llamamos zunzones que son todos verdes y azules de las plumas del qual pajaro hasen en Michhuacan las imagenes. Tienen estos pajarillos el pico largo y negro y la pluma muy relumbrante del qual pajaro antes que passe adelante quiero contar una exelencia y maravilla para honrra y alavança del que lo crio y es que los seis meses del año muere y los seis bibe y es de la manera que dije cuando siente que viene el ynvierno baja á un arbol coposso que nunca pierde la hoja y con distinto natural busca en el una endadura y possase en una ramita junta aquella endadura y mete en ella el pico todo lo que puede y estase allí seys meses del año todo lo que dura el ynvierno sustentándose con solo la birtud de aquel arbol como muerto y biniendo la primavera que cobra el arvol nueva birtud y a echar nuevas ojas: el pajarito alludado con la virtud del árbol torna a reçucitar y sale de allí á criar y á esta caussa dicen los yndios que muere y reçucita y por que he visto este pájaro con mis propios ojos en el ynvierno metido el pico en la hendidura de un cipres y assido a una ramita del como muerto que no se bullía y dejando señalado el lugar bolví la primavera quando los arvoles retoñecen y tornan á brotar no le halle”

Sobre la resurrección del colibrí, que nos relataba Fray Diego Durán, se hace eco Sahagún, quien las recomienda por su solución medicinal a las bubas, las cuales serían el castigo de América ante la invasión de Europa, por traer, entre otros males, enfermedades que acá no se conocían. Sobre el colibrí -y en las dos últimas líneas sobre las bubas- nos dice el clérigo que



“Hay una avecitas en esta tierra que son muy pequeñitas, que parecen más moscardones que aves, hay muchas maneras de ellas, tienen el pico chiquito, negro y delgadito; así como aguja; hacen su nido en los arbustos, allí ponen sus huevos y los empollan y sacan sus pollos; no ponen más de dos huevos. Comen y mantienen del rocío de las flores, como las abejas, son muy ligeras, vuelan como saeta; son de color pardillo. Renuévanse cada año: en el tiempo del invierno cuélganse de los árboles por el pico, allí colgados se secan y se les caen la pluma; y cuando el árbol torna a reverdecer él torna a revivir, y tórnales a nacer la pluma, y cuando comienza a tronar para llover entonces despierta y vuela y resucita. Es medicinal, para las bubas, comido y el que los come nunca tendrá bubas; pero hace estéril al que los come”



Esta pequeña ave, a la cual también llaman pájaros mosquitos, encenderá la admiración, tanto por su revoloteo como por los colores de sus plumas. Lo que más llama la atención de ellos, es su diminuto tamaño, que queda plasmado en el relato de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

“Hay unos pajaritos tan chiquitos, que el bulto todo de uno de ellos es menor que la cabeza del dedo pulgar de la mano, y pelado es más de la mitad menor de lo que es dicho; es una avecica que, además de su pequeñez, tiene tanta velocidad y presteza en el volar, que viéndola en el aire no se le pueden considerar las alas de otra manera que las de los escarabajos ó abejones, y no hay persona que le vea volar que piense que es otra cosa sino abejón [...] y es de muy hermosas colores su pluma, dorada y verde y de otras colores, y el pico luengo según el cuerpo, tan delgado como un alfilel [...] cierto es cosa la pequeñez de este pajarico, que no osara hablar en él sino porque sin mí hay en esta corte de vuestra majestad otros testigos de vista”

El colibrí se encuentra presente en casi todo acto humano y en forma especial en la creación de dibujos en las telas que laboraban las mujeres. Actualmente en Xolotla, los habitantes narran a sus descendientes los orígenes de los dibujos decorativos, los que



fueron “enseñados por las deidades y los ancestros (totatahua); la primera mujer que tejó y bordó con hilos de algodón fue Tonantzin, La Virgen, diosa madre que creó este arte y se los enseñó a la pareja primigenia que habitó en el universo o semanahuac. También se cree que el colibrí y la araña inspiraron a las mujeres a crear dibujos con hilos contamos, el ave tiño mágicamente las telas con colores naturales de las plantas y de las tierras, además enseñó los secretos del tejido y del bordado”. Esta investigación de Arturo Gómez Martínez nos traslada en forma inequívoca a un pasado cercano

Conforme avanzaban las huestes, se abría el espacio de los aztecas y la estupefacción de los invasores se hacía cada vez más magnánima.

Con Cortés instalado en México-Tenochtitlan, Moctezuma lo hará recorrer sus aposentos y he aquí, donde se expande en gloria y majestad la presencia de aves y su importancia vital en los mesoamericanos, que nos han dejado los cronistas.

Las Casas de Aves, separadas por su condición de agua salubre o dulce, ofrecía un digno espectáculo a los hispanos, que no despertaban de su admiración, pero que tampoco, despejaban su mente del codiciado oro y plata. El cuidado dado a las aves, se encontraba por parte de especialistas que eran seleccionados por el mismo emperador y a quienes, se les enseñaba en el arte de la plumería y en la anatomía, cuidado y alimentación de ellas.

Sobre estas Casas, que eran para la recreación de Moctezuma y la familia real y que ocupaban espacios dentro de la sagrada ciudad, Solís nos relata que

“en una de ellas, edificio real donde se vieron grandes corredores sobre columnas de jaspe, había cuantos géneros de aves se crían en la Nueva España, dignas de alguna estimación por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad se hallaron muchas extraordinarias y no conocidas hasta entonces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre y en otros de agua dulce los que se traían de ríos ó lagunas. Dicen que había pájaros de cinco y seis colores, y los pelaban á su tiempo dejándolos vivos para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma, género de mucho valor entre los mejicanos porque se aprovechan de ella en sus telas, en sus pinturas y en todos sus adornos. Era tanto el número de las aves, y se ponía tanto cuidado en su conservación, que se ocupaban en este ministerio más de trescientos hombres, diestros en el conocimiento de sus enfermedades y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad”.



Y si esta Casa llama la atención de los hispanos, cerca existía otra que era más grande y que contenía aves mayores y que convivían con quienes las habían cazado. Sobre ello, continúa Solís, a saber

“se criaban las aves de rapiña, unas en jaulas de igual aliño y limpieza, que sólo servían á la observación de los ojos, y otras en alcándaras obedientes al lazo de pihuela y domesticadas para el ejercicio de la cetrería, cuyos primores alcanzaron sirviéndose de algunos pájaros de razas excelentes que se hallan en aquella tierra, parecidos á los nuestros y nada inferiores en la docilidad con que reconocen á su dueño y en la resolución con que se arrojan á la presa. Había entre las aves que tenían encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza exquisita y prodigiosa voracidad: no falta quien diga que una de ellas gastaba un carnero en cada comida; débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad”

Y si Solís habla de trescientos hombres al cuidado de las aves en la Casa de las que se crían en estanques de agua salubre y dulce, al igual que Fernández de Oviedo que dice que *“para estos animales é aves otros trescientos hombres avia, que tenían cargo dellos”*. Andrés de Tapia (ca. 1498 - 1561), sube esa cantidad a seiscientos y nos describe como era el aspecto de quienes las vigilaban y cuidaban *“é tenía otra casa donde tinie todas las aves de agua que se pueden pensar, é de toda otra manera de aves, cada género de aves por sí; y es ansí sin falta, que en el servicio destas aves se ocupaban mas de seiscientos hombres, é habie en la misma casa donde apartaban las aves que enfermaban é las curaban: en la casa destas aves de agua tenia hombres y mujeres todos blancos, cuerpos é cabello é cejas”*.

Ahora si de descripción de aves se trata, nada más sorprendido por lo que ve, que no atina a dar nombre o asemejar con pájaros en España o Europa, es Bernal Díaz del Castillo (ca. 1492- 1584), quien en parte del relato, sobre las mismas Casas de Aves que ya hemos mencionado en los párrafos anteriores, declara sobre unos pájaros de diferentes colores que *“estos no sé cómo se llaman”*, no se acuerda el nombre de los distintos tipos de papagayos o no pregunta o intenta averiguar por el nombre de algunas aves acuáticas. Pero dejemos al compañero de Cortés hablar

“y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas mas chicas, é otras maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas es el



cuerpo de ellas á manera de picazas que hay en nuestra España; llámense en esta tierra quetzales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; estos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenía tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma y otros mayores que les querían parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era conveniente, y tornaban á pelechar; y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo de encoclar tenían cargo de les echar sus huevos ciertos indios é indias que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos y darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves lo que ra su mantenimiento. Y en quella casa había un estanque grande de agua dulce, y tenía en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipiris á otras como ellas. Y también en aquel estanque había otras raleas de aves que siempre estaban en el agua”.

Moctezuma se da cuenta de esta admiración por las aves por parte de los europeos y para dar a conocer su gallardía, como asimismo, su poder, no duda en hacer presa de una que se encuentre totalmente libre, mandando a sus criados que la atrapen para él. Fray Toribio de Motolinía (ca. 1492 - 1565) nos deja el siguiente relato

“Tenía Moteuhçoma en esta ciudad, de todos los géneros de animales, así brutos y reptiles, como de aves de todas maneras, hasta aves de agua que se mantienen de pescado, y hasta pajaricos de los que se ceban de moscas, y para todas tenía personas que les daban sus raciones y les buscaban sus mantenimientos. Porque tenía en ello tanta curiosidad, que si Moteuhçoma veía ir por el aire volando un ave que le agradaçe, mandábala tomar, y aquellas misma la traían. Y un español digno de crédito, estando delante de Moteuhçoma, vio que le había parecido bien un gavián que iba por el aire volando o fue para mostrar su grandeza delante de los Españoles, mando que se le trajesen, y fue tanta la diligencia y los que tras él salieron, que el mismo gavián bravo le trajeron a las manos”

En tanto a las plumas y su uso, tanto en lo militar como en lo civil, destacarán los mesoamericanos por la limpieza en la creación de sus piezas, las cuales son admiradas y no copiadas por artesano alguno en el Viejo Mundo, obteniendo sus plumas de los más hermosas aves, como asimismo, de *“ánades y patos de muchas clases, así domésticos como silvestres, de cuyas plumas hacen sus vestidos para las guerras y fiestas: usan estas plumas para muchas cosas, porque son de diversos colores, y todos los años las quitan á estas aves”*. Con esta declaración de un conquistador anónimo de Indias, se deja en claro, que toda ave es bienvenida cuando



de pluma de trata.

Las vestimentas militares son de algodón y adornadas con oro, plata y piedras preciosas y cubiertas, la cabeza, con madera. Todo ello, va adornado con plumas, que las colocan sobre la tela y la madera, las cuales son de *“diversos colores, que hacen muy buena vista: unas compañías de soldados las usan blancas y encarnadas, otras azules y amarillas, y otras de diversas maneras”* y tan fuertes en su tejer que *“no les entran saetas ni dardos, sino que rechazan sin herir, y aun con las espadas es difícil atravesarlas”*, solamente es posible hacerlo *“si no es con una buena ballesta”*, continúa nuestro expedicionario. Era tan magnifico ver desfilar aquellos soldados con sus trajes de plumas, que en palabras del historiador Walter Krickeberg *“ningún ejército del mundo ha ofrecido jamás un espectáculo más fantástico que el azteca”*.

Y la liviandad de la pluma no solamente se hace sentir en los trajes de guerra. También en las mantas, las cuales, siendo con tan poco peso, cubren el cuerpo para el frío nocturno de las alturas de la ciudad de México-Tenochtitlan. Así nos relata Alonso de Zuazo al fray Luis de Figueroa cuando las ve y las pesa

“Vi muchas mantas de á dos haces, labradas de plumas de papos de aves, tan suaves, que trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que una marta cebellina muy bien adobada: hice pesar una dellas, no pesó mas de seis onzas. Dicen que en el tiempo de invierno una abasta para encima de la camisa, sin otro cobertor, ni mas ropa encima de la cama. Vi muchas rodelas labradas de oro y de cueros de tigres, é otras de plumas”

Para complementar lo anteriormente dicho por Alonso de Zuazo y cuando en la misma estación en Europa se acostumbra a cubrirse con pieles para capear la helada o abrigo de lana de oveja uno sobre el otro, acá en las altas zonas de México, un hispano se dará cuenta de ello: *“se cubren con una especie de zamarros hechos de una pluma muy fina que parece carmesí, ó como nuestros sombreros de pelo, y los tienen encarnados, negros, blancos, pardos y amarillos”*.

Todo traje digno de los señores de la ciudad imperial y de los principales de otras comarcas, causando curiosidad en los hispanos, se constituían de ricas plumas, donde *“uno de los aderezos, y el primero que usaban los señores en los areitos, se llamaba quetzalilpiloni, y eran dos borlas hechas de plumas ricas guarnecidas con oro, muy curiosas; y traían las atadas a los cabellos de la coronilla de la cabeza, que colgaban hasta el pescuezo por la parte de las sienas, y traían un plumaje rico*



a cuestas, que se llamaba tlahqueholtzontli, muy curioso”. A Sahagún no se le escapan detalles.

Estos ricos adornos se combinaban con finos y elaborados cristales con los cuales confeccionaban barbotes, a los que colocaban “dentro de ellos unas plumas azules metidas, que les hacen parecer zafiros” y que remataban en sus indumentarias con “brazales de mosaico, hechos de turquesas, con unas plumas ricas que salían de ellos”, que hacían que a lo lejos, los dignatarios se vieran más altos, sobresaliendo de sus cabezas y “bordadas con plumas ricas, y con oro, y con una banda de oro, que subían con las plumas”. En cuanto a los accesorios, nos describe Sahagún que “usaban traer en la mano derecha una banderilla de oro, y en lo alto un remate de plumas ricas; usaban también traer por guirnaldas una ave de pluma ricas hecha, que traía la cabeza y el pico hacia la frente y la cola hacia el cogote, con unas pluma muy ricas y muy largas, y las alas de esta ave venían hacia las sienes, como cuernos, hechas de plumas ricas; también usaban traer unos moscaderos en la mano, que llamaban quetzallicaceuaztli, y con una banda de oro, que subían con las plumas”.

La cantidad de aves existentes también formaban parte de las supersticiones mesoamericanas. Supersticiones para los ojos de Europa Occidental, ya que nos preguntamos: ¿Qué pensarán los habitantes de la India ante los occidentales que tienen cientos de santos? ¿No podemos considerar también aquello como supersticiones? Solamente un ejemplo para ver estas contradicciones occidentales, donde juzgamos un mismo acontecimiento como verdadero y falso a la vez, conforme camine el reloj de la historia para la conveniencia de los que la escriben desde el pupitre del triunfo. A Moctezuma le llevan un pájaro que por sus características será considerado como el comienzo del fin de la caída de México-Tenochtitlan, por lo dubitativo del quehacer del emperador azteca, lo que concluye incluso con su muerte y la muerte de una historia mesoamericana. No es esto acaso lo mismo cuando Moisés ve arder la zarza en medio del desierto que le dice que debe hacer volver a su pueblo a la Tierra Prometida, el mismo terruño entregado a Abraham en sueños, dándole por asegurado que será la génesis de una gran nación. O un dios vale más que otro. Sí. Efectivamente. Unos valen más que otros, conforme la parte del planeta donde nacemos y la cultura donde crecemos, considerando tiempo y espacio.

Para concluir lo anterior, véase el habla de una piedra destinada a estar encima del gran Cú de Huitzilopochtli, con presagios hacia los aztecas los cuales, los toman como verdaderos, como nosotros tomamos como verdaderos los sueños del rey David. Nos hace el relato Hernando de Alvarado Tezozómoc (ca. 1525 - 1610).



Y dijo la piedra “¿No acabáis de entender vosotros? ¿Qué me queréis llevar? Que no he de llegar a México; decidle a Motecuzoma ¿qué para qué me quiere? que ¿qué aprovecha, que qué tengo que hacer allá, y que vaya a donde tengo que estar arrojada? Que ya no es tiempo de hacer lo que ahora acuerda, que antes lo había de haber hecho, porque ya ha llegado su término de él, ya no es tiempo, y el Motecuzoma ha de ver por sus ojos lo que será presto, porque está ya dicho y determinado, porque parece que quiere aventajar a Nuestro Señor, que hizo el cielo y la tierra, mas con todo, llevadme, que allí será mi llegada, ¡pobres de vosotros! Vamos caminando”

Bien, en cuando a las aves y sus presagios en la caída del imperio mexicana, la señal séptima provino de unos pescadores de la laguna de México, nos dice Sahagún que cogieron “una ave parda del tamaño de una grulla y la fueron a mostrar a Mocthecuzoma”. Antonio de Solís, nos lo relata de la siguiente manera

“un pájaro monstruoso, de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimación á la novedad se le presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenía sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica”. Al poco tiempo después, un labrador pidió audiencia con Moctezuma para darle a conocer lo que había presenciado: “Ayer tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de la tierra, ví un águila de extraordinaria grandeza, que se abatió impetuosamente sobre mí, y arreatándose entre sus garras me llevo largo trecho por el aire hasta ponerse cerca de una gruta espaciosa”

Si quisiéramos explicar el sincretismo religioso americano, podemos hallarlo en la misma historia del encuentro. ¿Cómo se explicarían los pueblos originarios reverencias a un dios que no pueden ver, que se les dice que es etéreo y al mismo tiempo le hacen besar una cruz? Obviamente al ver la cruz o las imágenes de Cristo, la virgen, los ángeles, arcángeles, querubines, serafines o los santos y beatos, las hacen más cercanas a ellos, y las adoran como reverencian un volcán, un jaguar o un colibrí, entregándoles lo más preciado, cual Abraham entrega a Isaac al dios de los israelitas, dios que ha sido el origen de tres de las principales religiones del mundo. Esto lo apreciamos, por ejemplo, cuando se colocan las dichas cruces y los habitantes de Indias les entregan lo más preciado por ello: flores y plumas. Pero dejemos que Hernando de Alvarado y Fray Joan de Padilla (1500 - 1542) hablen: *“ofrescen sus polvos i plumas, i algunos dejan las mantas que llevan vestidas, i con tanta agonía que subían unos enzima de otros por alcanzar a los brazos de las cruces para poner plumas y*



rosas, y otros trayendo escaleras teniendolas otros subian a atar hilos para poner las rosas i las plumas”.

Si lo contraponemos con lo encontrado por Francisco Vázquez (ca. 1510 - ca. 1554) en su viaje a Civola en 1542, veremos que no hay en el fondo diferencia alguna entre cualquiera ofrenda ofrecida a cualquier dios en cualquier punto de la historia. Nos dice Vázquez que los *“Los ritos e sacrificios que tienen son algunos idolos, pero a los que mas usan es a el agua, a la qual ofrecen unos palillos pintados, e plumas e polvos amarillos de flores”*.

Para concluir, veamos el siguiente relato del Capellán Mayor de la Armada en misión al Yucatán en 1518 y que comandaba Juan de Grijalva, donde los habitantes de un pueblo originario tenían una cruz, la cual se encontraba antes de la llegada de los españoles y que demuestra, por un lado, que las cruces no son ajenas a los americanos y por otro, el que las asemejaran tan rápidamente a sus credos, a la vez, como dijimos, que es un símbolo más de los tantos que existen para adoración o veneración: *“Adoran una cruz de mármol, blanca y grande, que encima tiene una corona de oro; y dicen que en ella murió uno que es más lúcido y resplandeciente que el sol. Es gente muy ingeniosa, y se advierte su ingenio en algunos vasos de oro y en muy primas mantas de algodón con figuras tejidas, de pájaros y animales de varias suertes; cuyas cosas dieron los habitantes de la dicha isla al capitán, quien luego mandó buena parte de ellas al Rey Católico”*.



Capítulo 5



AVES Y VIDA COTIDIANA

Los pájaros conformaron parte integral de la vida de los pueblos mesoamericanos e incluso, no existe en la actualidad país, estado o ciudad de América que no tenga en su escudo de armas o como emblema oficial, un ave.

El escuchar cantar un búho o lechuza, era para ellos, totalmente desdichado, más aún si se posaba sobre la casa de algún vecino o la propia, ya que *“muy presto había de morir alguno de aquella casa”*, nos dice Motolinía. Sahagún agregaba que *“si era sorprendida la lechuza por un hombre, éste le gritaba está quedo bellaco ojihundido, que hiciste adulterio a tu padre”* y si era mujer la que se encontraba con el ave, le decía *“vete de ahí puto: ¿Haz agujerado el cabello con que tengo de beber allá en el infierno? Antes de esto no puedo ir”*. Con otras aves nocturnas ocurría lo mismo en cuando a creencias, considerándolas sagradas, como las águilas y *“de otras como milano, y toda ave grande, o hermosa, o fiera de preciosas plumas tenían ídolo”*, leemos en la *“Historia de los indios de la Nueva España”*.



Y las creencias se encontraban en todas partes, desde el emperador al más humilde habitante. Las cocotli o tortolitas como la llamaran los españoles, la cual es un pájaro de “*alas rubias; son pintadillas, tienen la pinta muy lisa, tienen los pies colorados y bajuelos*”, son especiales para dárseles de comer a las mujeres celosas y a los hombres de igual condición o si se padece de tristeza, en palabras de Sahagún.

El calendario de los pueblos aztecas y mayas, se encontraba con meses dedicados a sus pájaros sagrados, nos dice Juan de Torquemada (1557 - 1624) que

“al catorce Mes, llamaban los Mexicanos Quecholli, que quiere decir: el Mes del Francolin, que es vna Ave muy hermosa, y pintada, llamada de los nueftos, por otro nombre: Flamenca, por su hermosura, y gala; la qual Ave tienen los naturales, en grande estimacion y precio; porque decían, que era Ave dedicada, á los Dioses, y así la llaman Teoquechol, y otros, despues que son Christianos, la llaman Tlahquechol, tiene el pico ancho, como el Pato; y los pies, ni mas, ni menos que ellos: los quales fueren venir por este Mes dicho de lejas Tierras, de aquella parte de la Florida, que es á la parte del Norte”.

Pero las aves no solamente son utilizadas para confeccionar sus esplendidas obras de arte en tejidos, o para agradecerles los regalos entregados para el bien de la humanidad o de entretenimiento para el deleite de los ojos, sino que también para saciar el hambre, succulentos manjares para los americanos y posteriormente para los harapientos y hambrientos conquistadores, que muchas veces las requieren más que al mismo oro, para no desaparecer de este mundo sin dejar gloria, fama y una gran descendencia, como diría Ricardo Herren en su “Conquista erótica de las Indias”.

Cómo se abra sentido Cabeza de Vaca, cansado de comer tunas -que lo salvaban de morir literalmente de hambre y que no tuvo problema (quizás) de pensar en la antropofagia- al ver en el horizonte cantidades de aves que podrían estar fácilmente en una olla para una buena cazuela. Y en este sentido, la antropofagia estuvo presente en los conquistadores hispanos hasta llegar incluso a aberraciones condenadas por ellos mismos cuando el hambre arreciaba. Nos cuenta José de Oviedo y Baños (1671 - 1738), en su crónica sobre la historia de la conquista de Venezuela, el viaje de exploración entre la Provincia de Tamalameque y Coro, del capitán Iñigo de Bascona con veinticinco españoles y un grupo de aborígenes, los cuales se pierden en el camino y el hambre comienza su arremetida, que incluso dejan el oro botado por ser un peso muerto que les impedía seguir su camino en busca de la salvación



“libres de esa diligencia del embarazo que les causaba la carga, y muerta ya a los rigores del hambre y tesón de los trabajos la mayor parte de los indios que la conducían, prosiguieron caminando aquellos miserables españoles con el ansia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña [...] llegando ya a términos de perecer en los últimos lances del aprieto, ejecutaron (para conservar la vida) una crueldad tan abominable, que nunca podrá tener disculpa, aun a vista del extremo peligro en que se hallaban, pues fueron matando uno por uno los pocos indios que les habían quedado de servicio, y sin desperdiciar los intestinos, ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos, con tan poco reparo, ni fastidio, que sucedió que al matar postrer indio, estando haciendo los cuartos, arrojar el miembro genital (como cosa tan obscena y asquerosa), y un soldado, llamado Francisco Martín (de quien hablaremos después) lo cogió con gran presteza y sin esperar a que lo sazonzase el fuego, se lo comió crudo, diciendo a los compañeros: ¿pues esto despreciáis en ocasión como esta?”

Y en esta antropofagia, incluso cuando el hambre ya estaba saciada, aparecían muestras de canibalismo, como nos cuenta el mismo cronista en las aventuras de un grupo de conquistadores en tierras de los indios choques, en la expedición de Jorge de Spira:

“Con estas necesidades y miserias hubo de aportar Spira a un pueblezuelo de muy poca vecindad, cuyos moradores cogidos de repente, solo tuvieron lugar para salir huyendo, dejándose en las casas porción considerable de yucas y batatas: regalo, que por entonces fue más estimado de los nuestros, que si hubiesen hallado un gran tesoro [...] andando en uno de ellos cuatro soldados junto revolviendo los bujíos, por ver si hallaban algo que fuese de provecho a su codicia, encontraron acaso una criatura de poco más de un año, que con la prisa de huir debió su madre de haber dejado olvidada; y revestidos aquellos hombres (o por mejor decir aquellas fieras) de inhumanidad diabólica mataron la criatura, y poniéndola al fuego en una olla un cuarto, la cabeza, pies y manos, mientras se cocinaba, a medio asar se comieron la asadura, saboreándose después con el caldo de la olla; a tiempo que entró en la casa una india cristiana y ladina, criada de Francisco de Infante, y conociendo por la vista y el olor, ser carne humana la que estaban cocinando, sin darse por entendida con ellos, aviso a su amo la maldad de aquellos humanos”.

Volviendo a Cabeza de Vaca, nos relata el explorador que “por allí la tierra en muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares, en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblíes, gavilanes,



esmerejones y otras muchas aves”.

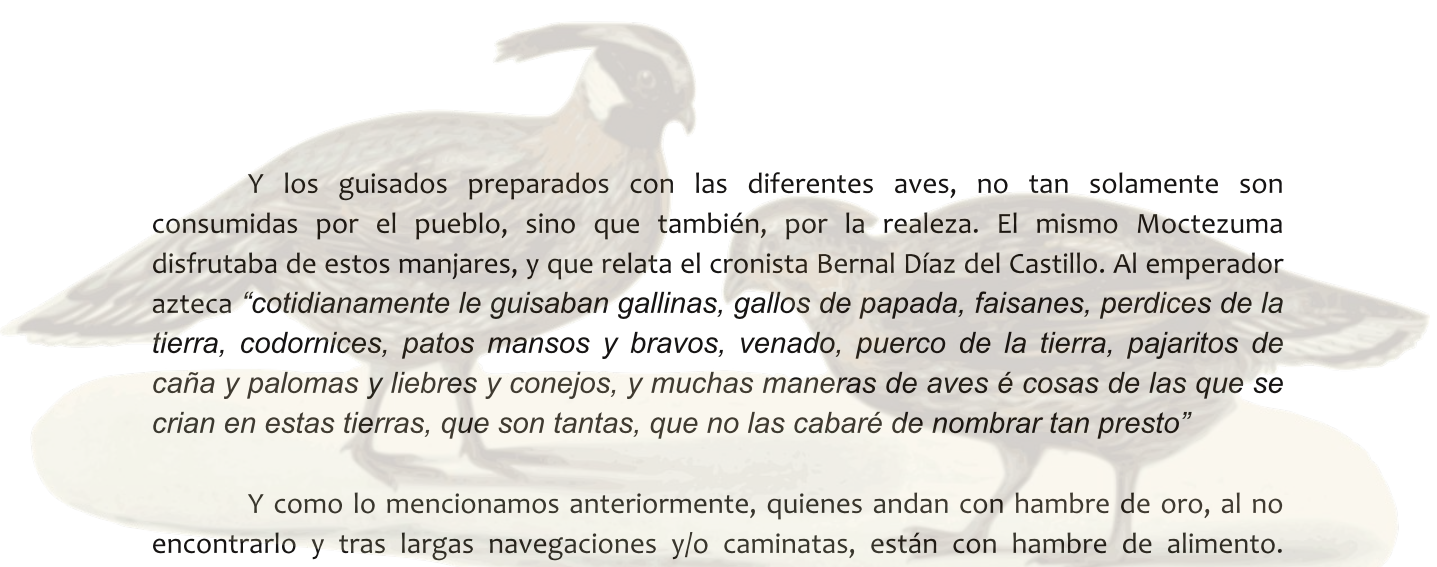
Uno de los platos preferidos de los mesoamericanos era la gallina, la cual no era la que conocían los españoles en el Viejo Mundo, las que preparaban en una manera de empanada, las que llamaban “*empanadilla de carne de gallina, o de gallo*” que aderezaban con *ají amarillo* y “*una manera de cazuela de gallina hacha a su modo, con chile bermejo y con tomates, y pepitas de calabaza molidas, que se llama ahora este manjar pipián; otra manera de cazuela comían de gallina, hecha con chile amarillo. Otras muchas maneras de cazuelas, y de aves asadas comían que están en la letra explicadas*”, nos dice Sahagún.

Y como son estas gallinas y sus gallos, los cuales para Francisco López de Gómara “*no cantan a media noche*”. Bernardo de Sahagún en sus relaciones del antiguo México, nos lo cuenta con lujos y detalles:

“las gallinas de esta tierra y los gallos se llaman totollin. Son aves domésticas y conocidas, tienen la cola redonda, tiene las plumas en las alas, aunque no vuelan; son de muy buen comer, la mejor carne de todas las aves; comen maíz mojado cuando pequeñas, y también bledos cocidos y molidos y otras hierbas; ponen huevos, y sacan pollos. Son de diversos colores; unos blancos, otros rojos, otros negros, otros pardos; los machos se llaman huexólotl y tienen gran papada y gran pechuga, tienen grande pescuezo, tienen unos corales colorados. La cabeza tienen azul, en especial cuando se enojan, es cejijunto, tiene un pico de carne que le cuelga sobre el pico; bufa, hínchase o enerízase. Lo que quieren mal a otros danlos a comer, o a beber, aquel pico de carne blandujo que tienen sobre el pico, para que no puedan armar el miembro gentil [...] La gallina hembra es menor que el gallo, es bajuela, tiene corales en la cabeza y en la garganta; tómate del gallo, pone huevos, échase sobre ellos y saca sus pollos. Es muy sabrosa su carne, y gorda, es corpulenta, y sus pollos mételos debajo de sus alas, y dan a sus hijuelos de comer buscándoles gusanillos, y otras cosas. Los huevos que concibe primeramente se cuajan y crían una telita, y dentro crían su cáscara tierna, y después les pone la gallina; después de puesto el huevo se endurece la cáscara.”

Estas gallinas se venden en el mercado, y de diferentes maneras, sean vivas o muertas, junto a otras aves comestibles, Zuazo hace la descripción: “*gallinas é gallos, á que nosotros llamamos pavos; estos vivos, muertos, asados, cocidos, hechos en cazuela é en otros guisados diversos. Véndense águilas, halcones, anadones bravos é mansos, con otra infinita diversidad de aves á que no puedo poner nombre.*”





Y los guisados preparados con las diferentes aves, no tan solamente son consumidas por el pueblo, sino que también, por la realeza. El mismo Moctezuma disfrutaba de estos manjares, y que relata el cronista Bernal Díaz del Castillo. Al emperador azteca *“cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves é cosas de las que se crían en estas tierras, que son tantas, que no las cabaré de nombrar tan presto”*

Y como lo mencionamos anteriormente, quienes andan con hambre de oro, al no encontrarlo y tras largas navegaciones y/o caminatas, están con hambre de alimento. Interesante es lo ocurrido a la expedición de Juan de Grijalva, que demuestra sarcásticamente lo dicho.

Veamos primero el hambre de oro: *“venían en su compañía otros ocho Indios, los cuales traían gallinas, miel y ciertas raíces con que hacen pan, las que llaman maíz: el capitán les dijo que no quería sino oro, que en su lengua llaman taquin”*, es el relato de la armada de Grijalva al Yucatán. Tras la fallida intentona, los aborígenes quienes le habían llevado sus preciados tesoros de gallina, miel y ciertas raíces, al verlos en su deplorable estado nuevamente acuden a ellos. Veamos ahora, el hambre de comida: *“Los Indios llevaron al capitán una gallina cocida y muchas crudas”*, las que fueron obviamente devoradas en un santiamén. Y si de aves se trata, existe un Chile y en todos los países que bordean el macizo de Los Andes, un pájaro de historietas, que al ver estas situaciones, concluye con una palabra, que no tiene explicación, pero que denota algo irónico, sarcástico o bochornoso: el *“pajarraco”* -como es denominado-, se llama Condorito y la palabra es Plop.

Porque tras la larga jornada de exploración y cuando el alimento escasea, estas gallinas se extrañan, como lo demuestra Nuño de Guzmán (1490 - 1544) en su viaje a la Nueva Galicia, donde el territorio desde el río Espíritu Santo al río de Hastatlan se encuentra con *“tanta provisión de comida, de gallinas de las de México, é maíz, é patos, é otras aves, que fue cosa extraña”*. Se detienen en Chametla, y se aprovisiona de tal manera de *“gallinas como las de México”*, ya que *“no hay ya de aquí para adelante”*. La lección aprendida quedará para siempre.

Las aves que vieron los conquistadores quedaron registradas en forma pormenorizadas en las obras de Sahagún y Fernández de Oviedo, con tanto detalle y

complementación, que es un deleite leer sus descripciones. A la vez, se encadenan con los relatos de los otros cronistas de Indias, haciendo un cuadro general de los pájaros hallados en el Caribe y Mesoamérica.

Todos los viajeros, adelantados y conquistadores, nos dejan relato de ello, ora porque es primera vez que las ven ora ya las conocen y suelen describirlas en propiedad. Las analizan, las comparan y suelen hacer sus juicios valóricos con respecto a ellas o sus dueños, sin dejar de lado, la fantasía de los pueblos originarios, de los cuales se burlan y al mismo tiempo, colocar sus propias fantasías, con las cuales *comprueban* lo que estaba escrito por los sabios de la antigüedad y el medioevo.

Clavijero nos dirá que existen en la Baja California pájaros de hermosas plumas como *“cardenales, colibrís ó chupamirtos”*. También nos describe las aves de rapiña, tales como buitres, halcones, gavilanes, cuervos y águilas. Argumentando que éstas dos últimas son, por un lado, muy abundantes y por otro lado, muy raras. Para el caso de las águilas, nos cuenta que *“solo se hallan en los montes de la parte austral”*. Nos recuerda el cronista que en su Historia de México, ya ha descrito los zopilotes, que aunque *“propiamente no son de rapiña, se acercan mucho á esta clase”*. De las aves nocturnas, nombra *“búhos, lechuzas, mochuelos, cuclillos y otras cuyos nombres y formas ignoramos”*. En cuanto a las aves acuáticas, *“las más conocidas son: patos de varias clases, gansos, pelicanos, gaviotas, garzas reales, fúlicas y tijeras”*, agregándonos, la *“admirable providencia de los pelicanos en socorrer á los individuos de su especie inhábiles para buscar su sustento, y de la industria de los indios en aprovecharse de la pesca de estas aves, fue observado por muchos españoles en la isla de San Roque, poco distante de la costa occidental de la California”*.

Motolinía, nombrara las garzas existentes en los esteros entre Quauhquepaltepec y Otlatitlan, las cuales las describe más pardas y más oscuras que las que se viven en la península y con un cuello no tan pronunciado. Las garzotas ofrecen sus plumas para confeccionar penachos, las cuales sirven a este cometido, por ser *“plumas mucho mayores que las garzotas de España”*.

Y si de alimentos se trata, *“para la mesa hay tórtolas, palomas silvestres y codornices en abundancia además de otras muchas especies de acuátiles”*, llevando los misioneros provenientes de Nueva España *“gallinas, gallipavos y palomas domésticas”*, las cuales debió haber disfrutado Clavijero.



Los mesoamericanos criaran estas aves, prefiriendo tener en sus casas “gallinas grandes á modo de pavos, muy sabrosas” y una gran cantidad de codornices “de cuatro ó cinco especies, y algunas de ellas son como perdices”, nos dice el Conquistador Anónimo. Cortés en sus cartas de Relación describe las que ve en el Mercado donde “hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, garcetas, tórtolas, palomas, pajaritos de cañuelas, papagayos, búhares, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves de estas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabeza y pico y uñas”.

Las águilas sorprenderán a los recién llegados, quienes las imaginan como si de aves extraordinarias de la Edad Media se tratasen. Veámoslo en este relato de fray Toribio de Motolinía.

“Tenía águilas reales, que la de esta Nueva España se pueden con verdad decir reales porque son en extremo grandes. Las jaulas en que estaban eran grandes y hechas de unos maderos rollizos, tan gruesos como el muslo de un hombre. Cuando el águila se allegaba a la red donde estaba metida, así se apartaban y huían de ella como si fuera un león o otra bestia fiera, tiene muy fuertes presas, la mano y los dedos tiene tan gruesa como un hombre, y lo mismo el brazo. Tienen muy gran cuerpo y el pico muy fiero. De sola una comida come un gallo de papada, que es tan grande y mayor que un buen pavo español; y este gallo que digo tiene más de pavo que de otra ave, porque hace la rueda como el pavo, aunque no tiene tantas ni tan hermosas plumas, y en la voz es tan feo como es el pavo”.

Francisco Cervantes de Salazar, también presentará lo ocurrido al virrey Luis de Velasco, con un relato creíble en Europa y que alimentaba cada vez más, junto a las otras historias de los cronistas, a los hacedores de mapas:

“hay otra ave que, por ser de mucha estima, la presentaron al virrey don Luis de Velasco, no menos extraña que las dichas, mayor que un ánsar; cómese medio carnero; tiene las plumas de muchas y diversas colores, y las de la garganta, porque van las unas contra las otras, hacen excelente labor, ladra como perro, y las plumas son provechosas para el afeite de las mujeres; llámanla los indios ave blanca, y cuentan de ella otras propiedades no menos maravillosas que las que hemos dicho de otras. Hay otra ave que tiene la cabeza tan grande como una ternera, muy fiera y espantosa, y el cuerpo conforme a ella; las uñas muy grandes y fuertes; despedaza cualquier animal por fuerte que sea; nunca se ve harta, y suele, de vuelo, llevar un hombre en las uñas.”



Las aves con las que se encontraron y posteriormente convivirán los españoles son el quetzaltótotl, la cual tiene plumas de diferentes colores y muy apreciadas por los aztecas y sus características son el de tener *“el pico agudo y amarillo, y los pies amarillos; tiene un tocado en la cabeza de pluma, como cresta de gallo”*. Otra ave, de gran tamaño como el quetzaltótotl, es el tzánatl, que es del tamaño de una urraca del Viejo Mundo y que tiene *“la forma de cola y composición de estas aves que se llaman tzánatl, tetzánatl, que se crían en los pueblos”*, donde destacan su rico plumaje de la cola al cual los indios llaman quezalli, las cuales son *“muy verdes y resplandecientes, son anchas, como unas hojas de espadaña dobléganse cuando las toca el aire (y) resplandecen muy hermosamente”*. Sobre estas plumas verdes se hallan unas plumas negras en la cola. El tocado de la cabeza del ave *“es muy hermoso y resplandeciente”*. Al hacer estos relatos Sahagún y otros que veremos más adelante, trata de describir lo más que se pueda para poder de esa manera, llevar un relato lleno de maravillas a los lectores del Viejo Mundo. A este pájaro llaman los aztecas tzinitzcan, donde destacan su cuello y pecho que son de un color rojo que resplandece con el sol y que desde el cuello a la espalda las cubren hermosas plumas verdes resplandecientes, las que se combinan con las negras de los codillos de las alas y las que son de color de uña más adentro de las alas, que se entremezclan con las plumas delgadas de las alas que son conocidas como quetzaluitzli, que son de un color verde claro, largas y agudas en las puntas. Francisco Cervantes de Salazar complementará el relato, al afirmar que el plumaje de la cola de esta ave se usaba como joya para hacer armas y divisas *“y salir a sus bailes y recibimientos de príncipes”*.

Sahagún nos dice que el teutznitzcan es un ave de plumas negras y se encuentra en las lagunas de México, las cuales poseen

“plumas preciosas que tiene críalas en los pechos y en los sobacos, y debajo de las alas; son la mitad prietas y las mitad verdes resplandecientes”. El ave conocida con el nombre de tlahuquéchol, o teoquéchol también habita en el agua y los españoles la asimilan a los patos, ya que tiene *“los pies como pato, anchos y colorados, también el pico colorado; tiene el pico como paleta de boticario, que ellos llaman espátula; tiene un tocadillo en la cabeza, colorado; tiene el pecho, y la barriga, y la cola, y la alas de color encarnado muy fino; y las espaldas, y los codos de las alas muy colorados; el pico tiene amarillo, y los pies amarillos. Dicen que esta ave es el príncipe de las garzotas blancas, que se juntan a ella donde quieran que la ven”*.



Esta ave su nombre quiere decir Quecholli, que uno de los dioses aztecas, que se tiene por una divinidad de la felicidad, belleza e intenso amor.

Sigamos con las descripciones del autor del “México Antiguo”. La xiuhquéchol, también es un ave muy requerida por sus hermosas plumas, las cuales son de color “verde como hierba, tiene las alas azules y también la cola”. El zaquan, de plumas color rojo sobre el pico y de “plumas leonadas por todo el cuerpo”, las de la cola son amarillas resplandecientes cubriéndolas otras de color negro. Su vuelo es extraordinario a la vista ya que cuando eleva vuelo y se encuentra en los aires “extiende la cola, entonces se parecen las plumas amarillas (y) reverbera el color amarillo con las negras, y así parecen como llama de fuego y como oro”. Otra ave de plumaje negro completo, salvo la cola que las tiene mitad negra y blanca, es el oyoquan, la cual nos dice Sahagún, no debemos confundirla con otra del mismo nombre que vive en las aguas de México, la cual, se hace acompañar de otras aves acuáticas “como un príncipe”. Esta ave “tiene el pico amarillo y los codillos de las alas verdes; las plumas grandes de las alas y las de la cola las tiene ametaladas, con blanco y verde; la pluma de todo el cuerpo la tiene bermeja tirante a colorado”.

Un ave interesante, por el trato dado por los mexicas para no dañar su plumaje, es el chalchiuhtótotl, el cual es “del tamaño de una graja, tiene el pico agudo y negro, las plumas del pecho moradas, la pluma de las espaldas es azul y la de las alas azules claras, la cola tiene de plumas ametaladas de verde, azul y negro. Esta ave se caza en el mes de octubre, cuando están maduras las ciruelas; entonces las matan con cerbatanas en los árboles, y cuando caen en tierra arrancan alguna hierba para que, tomándola, no llegue la mano a las plumas, porque si llegan dicen que luego pierde el color”.

Otras aves descritas por Sahagún y que él considera de “ricas plumas” son el xiuhpalquéchol, de pico largo y patas negras y con un plumaje de color azul en su cabeza, cola, alas y de una tonalidad azuleja más clara en la espalda, destacando su “pecho leonado y los codillos de las alas también leonadas”. El xochitenácal es un ave que hace sus nidos en las palmas, con un cuerpo de color verde, de pico amarillo y el color de sus plumas y cola “leonadas y ametaladas de negro y blanco”. De color leonado todo su cuerpo es el quapachtótotl y de color morado y de pico verde oscuro y azul, es el pájaro llamado elotótotl.

Parecido a los quetzales son los quetzalhuitzitzilin, los cuales “tienen las gargantas muy coloradas y los codillos de las alas bermejos, el pecho verde y también las alas y la cola”,



encontrándose en las selvas del istmo centroamericano también de color azul claro “a manera de turquesa resplandeciente”, verdes claras “a manera de hierba”, de color morado, rojas y de este último color mezcladas con pardo, amarillas, cenicientas y negras y con rayas negras y blancas o combinándose. Llámese la atención las que son “resplandecientes como brasa”.

Y si hay aves que son verdaderos príncipes en voz de los cronistas, por el cortejo que hacen otras aves para con ellas, también se encuentra el rey de las aves acuáticas. Este título, nos dice Sahagún, recae en el pájaro llamado atotolin, que el fraile la traduce como gallina del agua y que se aparece en la laguna de México en el mes de julio junto a otras aves que migran al lugar. De cabeza grande y negra y pico redondo, largo y amarillo, de pecho y espaldas blancas y de plumaje corto.

Ave que se encuentra en medio de la laguna y que raramente se acerca a la orilla, conociéndose por este hecho por los mexicas con el nombre de corazón del agua. Lo interesante de esta ave es la creencia que la cubre, la cual para ser cazada deben los amerindios pasar por varias vicisitudes. “Para tomarla andan acechándola dos o tres días, y al tercero día la pueden tomar; al cuarto día aparéjense todos los cazadores del agua, y van a donde está, como aparejados para morir, como quien va a la muerte, porque tienen costumbre de perseguirla cuatro días, y todos los días este atotolin está esperando a los cazadores sobre el agua, y cuando vienen está mirando, no huye de ellos; y si al cuarto día no la cazan antes de puesto el sol, luego se dan por vencidos, y saben que han de morir, porque ya se les acabó el término en que la podrían matar y flechar. Y como aquel día cuarto se acaba, comienza esta ave a vocear como grulla, y llama al viento para que los suma; luego viene el viento y se levantan las olas y luego comienzan a graznar las aves del agua y pónense en bandas, y sacuden las alas, y los peces salen arriba, y entonces los cazadores no se pueden escapar, aunque quieran no pueden, muérenseles los brazos y súmense debajo del agua y ahóganse [...] Y si en alguno de los cuatro días cazan esta ave, luego la toman y trábanla por el pico y échanla en la canoa, y luego la abren la barriga, estando viva, con un dardo de tres puntas que se llama minacachalli. La causa porque la toman por el pico es porque no vomite lo que tiene en la barriga, y si así no lo hiciesen lo vomitaría luego; y cuando la abren la barriga luego sacan la molleja y ábrenla, y hallan en ella una piedra preciosa o plumas ricas de todas maneras; y si no hay piedra preciosa, ni tampoco plumas, hallan un carbón, y esto es señal que el que la tiró o mató morirá luego; y si hallaban piedra o pluma, era señal que el que la tiró había de ser venturoso en la caza y en la pesca, y habría de ser rico; pero sus nietos habrían de ser pobres.”



Y si de ave rey se trataba, el tlauquechul era sumamente apreciado por los habitantes de México-Tenochtitlan, que por una cazada entregaban hasta cuarenta esclavos. El mismísimo Moctezuma, pese a todo su poderío, solamente tenía en su poder *“tres en la casa de las aves”*. Cervantes de Salazar nos dice que era tal la maravilla de este pájaro, que si un soldado azteca se caracterizaba por su valentía triunfando en batalla tras batalla, podían llamarse como el ave: tlauquechul.

Gonzalo Fernández de Oviedo nos describirá aves mucho más cercana por sus nombres a las de España o porque las asimila en forma inmediata a alguna parecida, como águilas reales, águilas negras, aguilillas, gavilanes, alcotanes y halcones neblíes también conocidos como peregrinos, agregando que *“son más negros que los de acá”*, refiriéndose a Europa. Milanos parecidos a los alfanques, además de *“otras aves mayores que grandes girifaltes, y de muy grandes presas, y los ojos colorados en mucha manera, y la pluma muy hermosa y pintada á la manera de los azores mudados muy lindos, y andan pareados de dos en dos”*. A ellos se suman palomas torcaces, zoritas, golondrinas, codornices, aviones, garzas reales, garzotas, flamencos, los cuales *“lo colorado de los pechos es mas vivo y de mas lindo plumaje”*, cuervos marinos, ánades, lavancos reales, ánsares *“bravos, salvo los que son negras”*, lechuzas y gaviotas. A esta lista, que el cronista llama aves parecidas a las de España, se suma una que *“era cuasi como águila real, y estaba tan armado, que era cosa mucho ver sus presas y pico, y aun vició todo aquel dia. Yo no le supe dar el nombre, ni alguno de los cuantos españoles le vieron; pero á quien esta ave mas parece, es á los azores muy grandes, y esta es muy mayor que ellos; y así, los cristianos los llaman allá azores”*.

Posteriormente, el hispano nos sigue nombrando aves que tiene su símil en Iberia, como los faisanes, que los diferencian de España por sus plumas y su belleza, argumentando que los americanos *“ni son tan lindos en la vista”*, sin embargo, *“son muy buenos y excelentes en el sabor”*. Las picazas del Nuevo Mundo, son más pequeñas en tamaño que las europeas y mayores que los tordos, de color negro, con picos parecidos a lo papagayos y cola lengua. Otras aves que describe, son los pintadillos, de características semejantes a los pinchicos o de siete colores y el pájaro loco, nombre dado por los conquistadores, queriendo explicar el *“réves de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas”*, pájaros pequeños, casi negros, mayores en tamaño que los tordos y que pocas veces se ven posar en tierra.

Un ave que entusiasma a los marinos es el alcatraz, por su tamaño y sus cualidades para hacer con su grasa olio *“para que mar de noche en los candiles”* ya que entrega *“dulce*



lumbre y que de muy de grado arde”.

Dentro de esta serie de aves nombradas, hay dos que vislumbran a los hispanos, por su mansedumbre una y por su característica belleza, la otra. Nos referimos a los pájaros bobos y a los tucanes, a quienes llaman picudo. Sobre los primeros, los describe menores que las gavinas, con pies parecidos a los ánades y amigos de las embarcaciones, ya que al verlas aproximadamente a cincuenta o cien leguas *“se vienen á ellos, y cansados de volar, se sientan en las enteras á tanto, que fácilmente los toman á manos”* y por ellos, los marinos le han dado el nombre de pájaros bobos. Sus plumajes son de color negro y la cabeza y espaldas de color pardo oscuro.

En cuanto a los picudos, llama la atención de esta ave su considerable pico respecto a su cuerpo, siendo no mayor que una codorniz. Sobre su pico, Gonzalo Fernández de Oviedo nos dice que

“es tan grande como un gemo ó mas, revuelto para abajo, y al principio, á par de la cabeza, tan ancho como tres dedos ó cuasi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbidos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cria allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es muy diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporcion del gran pico, á respeto del cuerpo”.

Otras aves dadas a conocer al mundo occidental de la época son los patines, los cuales son descritos como *“menores que los tordos, y son muy negros”* y con sus patas como la de los patos o ánades, llamándoles la atención su enorme velocidad y por andar *“á raíz del agua por altas ó bajas que anden las ondas de la mar, y tan diestros en el subir ó bajar el vuelo en la órden que la mar anda, y pegado al gua, que nos e podría creer sin verse”*. Los patines acompañan prácticamente durante todo el viaje a los marineros que zarpan desde Europa a América, por lo que no son desconocidos por estos hombres.

Junto a los murciélagos, los conquistadores observarán en la noche a unos pájaros a los que llamarán nocturnos, de plumas negras y pardas y con una banda de plumas blancas y que serán a vista de los españoles, enemigos de los mamíferos voladores, los que disfrutaban con el espectáculo. Los murciélagos se hallarán principalmente en Tierra Firme, a los que califican de muy peligrosos para los cristianos, reportándose casos de muerte por mordeduras de ellos.



Las perdices, son consideradas “de tan buen sabor como las de España” y “tan grandes como las gallinas de Castilla”, diferenciándolas de estas, por tener sus “tetillas sobre otras”. De pluma parda en el pecho, cuello y alas, siendo el resto del cuerpo del mismo “color y plumaje que las perdices de acá tienen los hombros, y ninguna pluma tienen de otro color”. Los huevos son “cuasi tan grandes como los grandes de estas gallinas comunes de España, y son cuasi redondos, y no prolongados tanto como los de las gallinas, y son azules, de la color de una muy finísima turquesa”. Se diferencian de otras conocidas con pardillas, las cuales “tienen la pluma asimismo pardilla, pero tiran algo á rubio aquel plumaje sobre pardillo”.

En cuanto a los pavos, existen rubios y negros con colas “de la hechura de las pavas de España”, pero en “el plumaje y en el color, los unos son todos rubios, y la barriga con un poco del pecho blanco, y los otros tienen sobre la cabeza una hermosa cresta ó penacho, de plumas bermejas el que es bermejo, y negras el que es negro, y son de mejor comer que los de España. Estos pavos son salvajes, y algunos hay domésticos en las casas, que los toman pequeños. Los ballesteros matan muchos de ellos, porque los hay en mucha cantidad. Dicen algunos que el pavo es bermejo y la pava negra; otros son de parecer contrario, y dicen que el pavo es negro y la pava rubia; otros dicen que son de dos géneros, y que hay macho y hembra de ambos colores y de cualquiera de ellas. Si el balletero no le da en la cabeza ó en parte que caiga muerto el dicho pavo, aunque le dén en una ala ó otra parte, se va por tierra á peon y corre mucho; y como es muy espesa de árboles, conviene que el balletero tenga buen perro y presto, para que el cazador no pierda su trabajo y la caza. Vale un pavo de estos un ducado, y á veces un castellano ó peso de oro, que es tanto como en España un real para lo gastar. Otros pavos mayores y mejores de sabor y mas hermosos se han hallado en la Nueva-España, de los cuales han pasado muchos á las islas y á Castilla del Oro, y se crían domésticamente en poder de los cristianos; de aquellos las hembras son feas y los machos hermosos, y muy á menudo hacen la rueda, aunque no tienen tan gran cola ni tan hermosa como los de España; pero en todo lo al de su plumaje son muy hermosos. Tienen el cuello y cabeza cubierto de una carnosidad sin pluma, la cual á menudo mudan de diversos colores, cuando se les antoja, es especial cuando hacen la rueda la tornan muy bermeja, y cuando la dejan de hacer la vuelven como amarilla y de otros colores, y como denegrido, hácia color parda y blanca, algunas veces; y en la frente sobre el pico tiene el pavo un pezón corto, el cual cuando hace la rueda le alarga ó le cresce mas de un palmo; y de la mitad de los pechos les nacen y tiene una vedija de cerdas tan gruesa como un dedo, y aquellas cerdas ni mas ni menos que las de la cola de un caballo, muy negras, y luengas mas de un palmo. La carne de estos pavos es muy buena, y sin



comparación, mejor y mas tierna que la de los pavos de España.”

Fernández de Oviedo, nos describirá un tipo de gallina a la cual él llama bravas, de un tamaño similar al de los pavos, negras y *“la cabeza y parte del pescuezo algo pardo, ó no tan negro como lo demás de ellas, y aquello pardo ó menos negro no es pluma, sino el cuero”*. Para comerlas, el cronista nos dice que son de mal sabor y que comen para su sustento *“muchas suciedades y indios y animales muertos”*, teniendo un olor *“como almizcle y muy bien en tanto que están vivas, y como las matan pierden aquel olor”*. No las considera útiles para nada, salvo su plumaje para emplumar saetas y virotes, concluyendo que son *“muy importunas, y amigas de estar en el pueblo y cerca de él, por comer las inmundicias”*.

El agualcil, es un ave *“más pequeña que gorrión, preciosísima también por la pluma, con la cual los indios labran lo más perfecto de las imágenes que hacen, es de diversas colores, y dándole el Sol, parece tornasol”*. Los hispanos quedan perplejos ante ella, al verla solamente comer *“rocío de flores”* y su zumbido es el de un abejorro. La perplejidad que esta ave que provocó en Cervantes de Salazar también la harán otras, tal como el cenxontlatl, el cual es traducido por los conquistadores como *“cuatrocientas palabras”*. Los aztecas le llaman por aquel nombre *“porque remeda en el canto a todo género de aves y animales cuando los oye, y aún imita al hombre cuando lo oye reír, llorar o dar voces; nunca pronuncia más de una voz, de manera que nunca dice razón entera”*. El cuzacahtl, es de color blanco y prieto, con la cabeza de color rojo naciéndole desde la frente *“cierta carne que le afea mucho, aprovecha para conservar la pluma y que no se corrompa; muestra en sí cierta presunción y lozanía, como el pavón cuando hace la rueda”*. El pájaro conocido como chalala, debe su nombre a sus gritos.

Francisco Cervantes de Salazar, describirá otras aves que no tiene su nombre y no es capaz de compararlas para tener una idea de que familia podrían ser. En este apartado se encuentra un *“pájaro del tamaño de un gorrión, pardo y azul, que dice en su canto tres veces arreo, más claro que un papagayo bien enseñado, “Jesucristo nació”; jamás se posa cuando anda en poblado sino sobre los templos, y si hay cruz, encima de ella; cosa es cierto memorable y que parece fabulosa, si muchos no lo hubiesen oído, de los cuales, sin discrepancias, tuve esta relación. Hay otra ave cuyo nombre no sé, que las más veces, aunque es rara, se cría en los huertos, o donde hay arboledas, de tan maravillosa propiedad, que los seis meses del año está muerta en el nido, y los otros seis revive y cría; es muy pequeña, y en cantar, muy suave. Han tenido de esto que digo algunos religiosos cierta experiencia, que la han visto en sus huertos”*.



Obviamente la última ave que nos relata el cronista debe ser el colibrí, el cual es descrito por otros hispanos como un animal que muere y resucita sin explicación alguna.

Por último, nos encontramos con un ave que dice en su canto tachitouan, “que en nuestra lengua suena: “padre, vámonos”; tiene la pluma parda; anda siempre solo, y dice esta razón dolorosamente.”

Como apreciamos durante este relato de los cronistas y las aves en el Nuevo Mundo, mientras avanzaban los castellanos al norte y sur del continente -si tomamos el Caribe y Mesoamérica como referencia-, avanzaba también su perplejidad ante nuevos horizontes que se abrían ante sus pupilas. No solamente geográficas y humanas, sino que también avefaunísticas.

Las tierras norteamericanas esperaban a sus descubridores y colonos, mientras los plumajes del imperio incaico se mecían ante los vientos de la llega de Viracocha.

Para concluir, nada más que el Canto a las Aves Sagradas. Un canto a los dioses habla por mil cronistas y cien mil aprendices de historiadores. Si abrimos con Miguel León-Portilla, cerramos nuevamente con la mirada de los vencidos en voz del mismo gran historiador mexicano:

*“De donde arraiga el Árbol Florido,
desde donde macollan sus preciosas espigas,
venís acá, aves áureas y negras,
venís, aves pardas y azules,
y el maravilloso quetzal.
Todas venís desde Nonohaulco:
país junto al agua, las que sois aves preciosas del Vivificador.
Sois creaturas suyas.
Venís acá, aves áureas y negras,
venís, aves pardas y azules,
y el maravilloso quetzal.*

*Del florido azulejo el penacho está allí.
En la preciosa casa de musgo acuático,
Tendido está: vino a contemplar la aurora.*



Ya te despiertan tus preciosas aves,
ya te desmañana el dorado tzinizcan,
el rojo quechol y el pájaro azul que amanece gritando.
Hacen estrépito las aves preciosas,
que llegan a despertarte,
El dorado zacuan y el tzinizcan,
el rojo quechol y el pájaro azul que amanece gritando.

Desde Tamoanchan, donde se yergue el Árbol Florido,
vienen nuestros reyes, tú Motecuzoma, y Totoquihuatzin.

Habéis llegado aquí
donde está el patio florido.
Ya levantáis vuestro canto hermoso...
Habéis llegado al centro de las flores.
Y allí estáis agitando
vuestro florido atabal, vuestra florida sonaja.
Habéis llegado donde está el patio florido.

Ya levantáis vuestro hermoso canto.
En el lugar del ililin,
¿Qué dice el ave preciosa?
Es cual si repicara en el lugar del trino:

¡Libe la miel:
que goce: su corazón de abre:
es una flor!

Ya viene la mariposa,
volando viene:
abre sus alas, sobre flores anda:

¡Libe la miel:
que goce: su corazón de abre:
es una flor!



- Acosta, José de.** Historia Natural y Moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas, y animales dellas: y los ritos, y ceremonias, leyes, y gobierno, y guerra de los indios. Impreso en Sevilla. Casa de Juan de León. 1590.
- Alvarado Tezozómoc, Hernando de.** Crónica Mexicana. Secretaria de Educación Pública. México D. F. 1944.
- Alvarado, Hernando de y Padilla, Fray Joan de.** Relación de lo que Hernando de Alvarado y Fray Joan de Padilla descubrieron en demanda de la Mar del Sur. En Buckingham Smith. Colección de Varios Documentos para la historia de La Florida y tierras adyacentes. Tomo I. Madrid. España. 1857.
- Arrom, José.** El Caribe en víspera del V Centenario. En Leopoldo Zea, El descubrimiento de América y su impacto en la historia. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 2001.
- Barco Centenera, Martín del.** Argentina y conquista del Río de la Plata. En Historiadores primitivos de las Indias Occidentales. Tomo III. España. 1749.
- Cabeza de Vaca, Álvear Núñez.** Naufragios. En Historiadores primitivos de las Indias Occidentales. Tomo I. Madrid. España. 1749.
- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez.** Comentarios. En Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales. Tomo I. Madrid. España. 1749.
- Carta del Licenciado Alonso de Zuazo al padre fray Luis de Figueroa, prior de la mejorada.** Carta enviada desde Santiago de Cuba el día 14 de noviembre de 1521. En Colección de Documentos para la Historia de México. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. Tomo Primero. Imprenta Particular del Editor. 1858.
- Cartagena, Nelson.** Los nombres de referentes culturales específicos en el Sumario de la Natural Historia de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo. Revista Mapocho. Primer Semestre 2009. N° 65. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos DIBAM. Santiago. Chile. 2009
- Castañeda, Felipe.** La antropofagia en Francisco de Vitoria. Revista Ideas y Valores. Num. 126. Diciembre 2004. Bogotá. Colombia. Pág. 3-18. En <http://www.bdigital.unal.edu.co/13526/1/1067-5650-1-PB.pdf>. Obtenido el 27 de diciembre de 2014.
- Cervantes de Salazar, Francisco.** Crónica de la Nueva España. Editorial Red Ediciones S. L. 2012.
- Clavijero, Francisco Javier.** Historia de la Antigua o Baja California. Imprenta de Juan Navarro Editor. España. 1852.

Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por la mar los españoles desde fines del siglo XV. Tomo I. Segunda Edición. Imprenta Nacional. Madrid. España. 1858.

Colón, Cristóbal. Primera epístola. En Primera Epístola del Almirante Don Cristóbal Colón dando cuenta de su gran descubrimiento á D. Gabriel Sanchez, tesorero de Aragon. Valencia. Imprenta de D. José Mateu Garin. 1838.

Colón, Hernando. La historia de don Fernando Colón, vida y hechos del Almirante don Cristoval Colón. En Historiadores primitivos de las Indias Occidentales. Tomo I. Madrid. España. 1749.

Cordero del Campillo, M. Las grandes epidemias en la América colonial. Revista Archivos de Zootecnia. Vol. 50. Num. 192. 2001. Pág. 597-612.

Cortés, Hernán. Cartas de Relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de Nueva España. En Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores Primitivos de Indias. Tomo I. Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra. Madrid. España. 1852.

Díaz del Castillo, Bernal. Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva-España. En Bibliotecas de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores Primitivos de Indias. Tomo Segundo. Imprenta de M. Rivadeneyra. Madrid. España. 1862.

Durán, Fray Diego. Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme. Tomo II. Editorial Nacional. México D. F. 1951.

Dussel, Enrique. 1492 el encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la modernidad”. Editorial Plural Editores y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Mayor de San Andrés. La Paz. Bolivia. 1994.

El Conquistador Anónimo. Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la Gran Ciudad de Temistitán México, escrita por un compañero de Hernán Cortés. En Colección de Documentos para la Historia de México. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. Tomo Primero. Imprenta Particular del Editor. 1858.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Tomo II. Segunda Parte. Imprenta de la Real Academia de la Historia. Madrid. España. 1853.

Fernández de Oviedo y Váldes, Gonzalo. Sumario de la Natural Historia de Las Indias. En Biblioteca de autores españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores



primitivos de Indias. Tomo Primero. Madrid. España. Imprenta de M. Rivadeneyra. 1852.

Figari, Carlos. Eróticas de la disidencia en América Latina. Brasil, Siglos XVII, al XX. Ediciones CICCUS y CLACSO Ediciones. Buenos Aires. Argentina. 2009.

Fuentes Históricas sobre Colón y América. Pedro Martir Anglería. Tomo I. Imprenta de San Francisco de Sales. Madrid. España. 1892.

Gómez Martínez, Arturo. Los textiles nahuas y otomíes (Arte, tradición y dinámica cultural indígena). Revista Inclusiones. Vol. 1. Num. 2. Homenaje a Miguel León-Portilla. Abril-Junio 2014. En <http://www.revistainclusiones.cl/volumen-1-nba2/oficial-articulo-dr.-arturo-gomez-martinez.pdf>. Obtenido el 10 de enero de 2015

Grijalva, Hernando de. Relación de Hernando de Grijalva. Memoria de las derrotas y navegación que hemos hecho en el descubrimiento de la Mar del Sur. En Buckingham Smith. Colección de Varios Documentos para la historia de La Florida y tierras adyacentes. Tomo I. Madrid. España. 1857.

Hernández, Francisco. Antigüedades de la Nueva España. Editorial Dastin, S. L. Madrid. España. 2000.

Herren, Ricardo. La conquista erótica de Las Indias. Editorial Planeta. Buenos Aires. Argentina. 1992.

Igual Úbeda, Antonio. Vida de Carlos V. Seix y Barral Hnos., S. A. Editors. Barcelona. España. 1945.

Itinerario de la Armada del Rey Católico á la isla de Yucatán, en la India, el año 1518, en la que fue por Comandante y Capitán General Juan de Grijalva. Escrito para su Alteza por el **Capellán Mayor de la dicha Armada**. En Colección de Documentos para la Historia de México. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. Tomo Primero. Imprenta Particular del Editor. 1858.

Jáuregui, Carlos A. Canibalía. Canibalismo, calibanismo, cultural y consumo en América Latina. Editorial Iberoamericana. Madrid. España. 2008.

Kappler, Claude. Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media. Editorial Akal. Madrid. España. 2004.

Krickeberg, Walter. Las antiguas culturas mexicanas. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 1961.

Las Casas, Bartolomé de. Historia de las Indias. Tomo I. Biblioteca Ayacucho. España. 1986.

Lastra, Pedro. El encuentro con el Nuevo Mundo y las incitaciones poéticas de la extrañeza. Revista Mapocho. Primer Semestre 2007. N° 62. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos DIBAM. Santiago. Chile. 2007.

León Portilla, Miguel. Visión de los vencidos. Universidad Nacional Autónoma de México. México D. F. 2007.



- León Portilla, Miguel.** Literatura del Antiguo México. Editorial Ayacucho. Caracas. Venezuela. 1978.
- López de Palacios Rubios, Juan.** De las Islas del Mar Océano. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 1954.
- López de Gómara, Francisco.** Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés. En Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores Primitivos de Indias. Tomo I. Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra. Madrid. España. 1852.
- López de Gómara, Francisco.** Historia de la Conquista de México. En Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores Primitivos de Indias. Tomo I. Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra. Madrid. España. 1852.
- Maestre Alfonso, Juan.** Las ideas que originaron el descubrimiento. América como necesidad. En Leopoldo Zea, El descubrimiento de América y su impacto en la historia. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 2001.
- Magasich, Jorge y Beer, Jean-Marc de.** América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del nuevo mundo. Editorial LOM. Santiago. Chile. 2001.
- Mendieta, fray Gerónimo de.** Historia eclesiástica Indiana. Libro II. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. Impresos por F. Díaz de León y Santiago White. México. 1870.
- Motolinía, Fray Toribio de.** Historia de los indios de la Nueva España. Editorial Castalia S. A. Madrid. España. 1985.
- Mumford Jones, Howard.** Este extraño Nuevo Mundo. Años formativos de la cultura norteamericana”. Editorial Uteha. México. 1966.
- Navarajo Ornelas, María de Lourdes.** Riqueza cultural y avifaunística de América a través de sus emblemas nacionales. Revista Inclusiones. Vol. 1. Num. 2. Homenaje a Miguel León-Portilla. Abril-Junio 2014. En <http://www.revistainclusiones.cl/volumen-1-nba2/oficial-articulo-dra.-maria-de-lourdes-navar-ijo-ornelas.pdf>. Obtenido el 15 de enero de 2015.
- O’Gorman, Edmundo.** La invención de América. Fondo de Cultura Económica. México D. F. México. 1995.
- Oviedo y Baños, José de.** Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 2004.
- Paz, Octavio.** El laberinto de la soledad. Quinta Edición. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 1967.
- Paz, Octavio.** El Laberinto de la Soledad. Posdata. Vuelta al El laberinto de la soledad. Segunda



Edición. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 1993.

Pigafetta, Antonio de. Primer viaje en torno del globo. Editorial Espasa-Calpe Argentina S. A. Cuarta Edición. México D. F. 1954.

Piqueras Céspedes, Ricardo. Antropófagos con espada: los límites de la conquista. Boletín Americanista. Num. 45. 1995. Pág. 257-271.

Primera Relación Anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzman á la Nueva Galicia. En Colección de Documentos para la Historia de México. Publicado por **Joaquín García Icazbalceta**. Tomo Segundo. Imprenta Particular del Editor. 1866.

Rodríguez Cabrillo, Juan. Diario de Navegación de Juan Rodríguez Cabrillo. En Buckingham Smith. Colección de Varios Documentos para la historia de La Florida y tierras adyacentes. Tomo I. Madrid. España. 1857.

Ramos, Samuel. El perfil del hombre y la cultura en México. En Leopoldo Zea. Antología de la Filosofía América Contemporánea. B. Costa-Amic, Editor. México D. F. 1968.

Relación hecha por el Señor Andrés de Tápia, sobre la conquista de México. En Colección de Documentos para la Historia de México. Publicado por **Joaquín García Icazbalceta**. Tomo Primero. Imprenta Particular del Editor. 1866.

Rojas Mix, Miguel. Los cien nombres de América. Editorial Lumen. Buenos Aires. Argentina. 1992.

Rojas Mix, Miguel. La imagen artística de Chile. Editorial Universitaria. Santiago. Chile. 1971.

Sahagún, Bernardino de. El México antiguo. Editorial Biblioteca Ayacucho. Caracas. Venezuela. 1981.

Santos-Herceg, José. Conflicto de Representaciones. América Latina como lugar para la filosofía. Fondo de Cultura Económica. Santiago. Chile. 2010.

Schultz, Helga. Historia económica de Europa, 1500-1800. Artesanos, mercaderes y banqueros. Siglo XXI de España Editores. Madrid. España. 2001.

Sierra Alfranca, I. El concepto de raza: evolución y realidad. Revista Archivos de Zootecnia. Vol. 50. Num. 192. 2001. Pág. 547- 564.

Solís y Rivadeneyra, Antonio de. Historia de la conquista de Méjico. Tomo I. Imprenta de la Biblioteca nacional Económica. Madrid. España. 1874.

Solís y Rivadeneyra, Antonio de. Historia de la conquista de Méjico. Tomo II. Imprenta de la Biblioteca nacional Económica. Madrid. España. 1874.

Soustelle, Jacques. La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista. Fondo de Cultura Económica. México D. F. 1984.



Todorov, Tzvetan. La conquista de América. El problema del otro. Editorial Siglo XXI. México D. F. 2007.

Torquemada, Juan de. De los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana. Tomo II. Madrid. España. 1723.

Urbina, José Leandro. El viaje de la hueste: una breve mirada a la “Marcha hacia Tenochtitlan” en la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo. Revista Persona y Sociedad. Vol. XX. N° 2. Agosto 2006. Universidad Alberto Hurtado. Santiago. Chile.

Varela, Consuelo. Colón y los florentinos. Alianza Editorial. Madrid. España. 1989.

Vásquez, Francisco. Relación del suceso de la Jornada que Francisco Vásquez hizo en el descubrimiento de Civola. En Buckingham Smith. Colección de Varios Documentos para la historia de La Florida y tierras adyacentes. Tomo I. Madrid. España. 1857.

Vilar, Pierre. Crecimiento y desarrollo. Editorial Crítica. Barcelona. España. 2001.

Vivanco-Roca Rey, Lucero de. Un profeta criollo: Francisco de la Cruz y la Declaración del Apocalipsi. Revista Persona y Sociedad. Vol. XX. N° 2. Agosto 2006. Universidad Alberto Hurtado. Santiago. Chile.

Zavala, Silvio. Filosofía de la conquista. Fondo de Cultura Económica. Santiago. Chile. 1994.





CEASGA – Cuadernos de Sofía